

A woman in a green, off-the-shoulder dress with lace trim and black fishnet gloves stands in a field of yellow roses. She is wearing a pearl necklace and earrings. The background is a soft-focus field of yellow roses.

ROSAS AMARILLAS

para conquistar a la

SEÑORITA REMINGTON

Ana F. Malory

Selecta

Rosas amarillas para conquistar
a la señorita Remington

Ana F. Malory

Selecta

Capítulo 1

Lancaster, Reino Unido, 1840

Demasiado excitada como para permanecer sentada, la joven señorita Elizabeth Grant caminaba de un lado a otro del dormitorio deteniéndose de tanto en tanto frente al espejo del tocador. Estudiaba con atención la imagen que este le devolvía, sonreía satisfecha y reanudaba el paseíllo ante la divertida mirada de su prima Anna.

—No comprendo cómo puedes estar tan tranquila —manifestó la muchacha, revisando por enésima vez su aspecto, atusándose los rizos que le enmarcaban el rostro y ahuecando el abullonado de las mangas de su vestido antes de girarse hacia su prima con una deslumbrante sonrisa en los labios—. ¿No estas emocionada? Yo siento que podría estallar de un momento a otro, tan alborotada estoy —concluyó con una risita de puro júbilo.

—Es comprensible, estás a punto de asistir a tu primer baile —señaló Anna, coreando la risa de Beth al ver que sus palabras no hacían más que avivar el entusiasmo de la más joven, y contagiándose del mismo.

A fin de cuentas, esa también sería su primera temporada, aunque su edad distara mucho de ser la de una debutante. La inesperada muerte de sus padres tres años atrás la había mantenido largo tiempo sumida en el dolor, la tristeza y el duelo, alejada de los salones y reuniones. Detalle este que, dado su carácter extrovertido, y a decir de su tía un tanto levantisco, le traía sin cuidado. Intentaría disfrutar de las fiestas y el baile como cualquier otra joven, sin importarle que el resto de la sociedad la considerara, a sus veintiún años, poco menos que una solterona.

A lo largo de aquella semana su tía Clarissa la había abrumado con interminables sermones sobre cómo tenía que comportarse en el baile de presentación de Beth. Ante todo, debía evitar ponerse en evidencia, pensando siempre en su futuro y en el de su prima que, con seguridad, esa misma temporada lograría prometerse con algún respetable y, por supuesto, adinerado caballero.

—Con suerte, siempre y cuando tu conducta sea intachable, tú también encontrarás esposo.

Estas habían sido sus palabras la noche anterior. Palabras que en ese instante resonaban en su cabeza casi como una amenaza.

«¿Un esposo?, ¿y quién necesita uno?».

Ni mucho menos estaba en contra del matrimonio, pero tampoco lo consideraba una obligación. Si algún día se casaba lo haría por amor y no porque el caballero fuera adecuado, acaudalado y socialmente conveniente. Tampoco porque la sociedad así lo dictara.

—No tienes de qué preocuparte. —Tranquilizó a Beth con una cálida sonrisa, olvidándose de las monsergas de su tía y de un futuro que, por el momento, no le inquietaba lo más mínimo—. Causarás sensación. Estás preciosa.

—Eres muy amable, Anna, y me encantaría poder decir que también tú luces estupenda, pero... las dos sabemos que ese vestido rosa que mamá ha escogido para ti no es precisamente favorecedor —apostilló con un mohín de disculpa.

Anna se acercó al espejo, contempló su imagen y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Tu madre quería asegurarse de que esta noche fueras tú la que brillara, y para ello me ha convertido en una col rosa —señaló con gesto cómico—. Creo que, de haber podido, habría hecho lo mismo con el resto de invitadas —añadió, muy seria.

Su expresión solemne no logró engañar a Beth y un segundo después ambas estallaban en carcajadas.

—Llevas razón, pero no lo ha hecho con maldad, aunque he de reconocer que se le ha ido un poco la mano.

Continuaban riendo cuando la puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso.

—¿Qué escándalo es este? —preguntó Clarissa, horrorizada.

—Ha sido culpa mía, le contaba a Beth...

—Dios bendito —la interrumpió con apurados movimientos de las manos—, a este paso terminaré de los nervios —dijo más para sí que para las muchachas, que la observaban con fingida seriedad. Tomó aire y lo expulsó despacio antes de volver a hablar—. Los invitados comienzan a llegar y debemos recibirlos como corresponde. Sabéis lo que debéis hacer, ¿verdad? —preguntó al tiempo que las hacía abandonar la estancia y, saliendo tras ellas, acomodaba los volantes del vestido de su hija—. Anna...

—¿Sí, tía?

—Espero que recuerdes todo cuanto te he dicho estos últimos días.

—Por supuesto que lo recuerdo, tía. —Clarissa, satisfecha, se les adelantó, dedicándoles una última mirada antes de comenzar a bajar las escaleras—. ¿Cómo olvidarlo si ha pasado toda una semana martirizándome con ello? —susurró en cuanto la mujer les dio la espalda.

—¿Has dicho algo? —inquirió aquella, deteniéndose para mirarla por encima del hombro.

—¡Oh! Nada importante, tía. —Beth a duras penas podía contener la risa—. Que puede estar tranquila, no se me ha olvidado ni una sola palabra de cuantas me ha dicho.

—Confío en que así sea, querida. —Respiró despacio y bajó a reunirse con su esposo, que ya recibía a los primeros invitados.

Clarissa se sentía exultante; todos elogiaban su fiesta y comentaban lo encantadora que era su hija Elizabeth. Prueba de ello era que su carné de baile se había completado en un abrir y cerrar de ojos, y varios caballeros, los menos avisados, habían perdido la oportunidad de disfrutar de su compañía durante la danza.

Anna también había bailado, aunque prefería permanecer en un segundo plano. No resultaba agradable exhibirse con aquel horrible vestido lleno de lazos, sin mencionar que la mayoría de caballeros allí presentes solo tenían ojos para las más jóvenes de la reunión.

Hacia un buen rato que observaba a las parejas moverse en el centro del salón, cuando divisó entre el gentío al señor Taylor. Recordó entonces que el nombre del caballero figuraba dos veces en su carné; por lo tanto, la buscaba. Había bailado con él al inicio de la velada y sabía que sus pies no soportarían un nuevo encuentro con los desmañados zapatos del joven.

Sin rastro de remordimiento, huyó, mezclándose entre los invitados que bordeaban la pista de baile, hasta despistarlo. Terminar junto a una de las puertas que daban al jardín le sirvió para escabullirse fuera y librarse así de la tortura que supondría bailar con él.

El aire fresco de la noche la hizo estremecer, pero prefería pasar frío a volver a la atestada sala donde, con total seguridad, el señor Taylor continuaría buscándola, al menos durante unos minutos.

Con pasos distraídos y sin apenas ser consciente de ello, tomó el camino que conducía a los rosales. Era su lugar favorito del jardín, porque le gustaban las rosas, en especial las amarillas. Eran flores hermosas y delicadas, pero a la vez temibles, con sus grandes y afiladas espinas; le fascinaban. Le recordaban un poco a sí misma: de apariencia frágil y fuerte carácter. Quizás por eso la cautivaban.

Durante la caminata se cruzó con varias parejas, unas paseaban sin más para descansar del barullo del salón, otras buscaban rincones un poco más discretos, con seguridad para decirse palabras de amor e, incluso, besarse con pasión, pensó, suspirando.

Se preguntó si alguna vez hallaría un hombre que se fijara en ella. Ciertamente que había despertado el interés de varios caballeros, pero, a su modo de ver, eran demasiado jóvenes o demasiado mayores. Tal vez su aspecto menudo, carente de sugerentes curvas, su cabello anaranjado, herencia de su padre, y sus ojos tremendamente verdes, no fueran del agrado de los hombres que ella consideraba interesantes.

Había llegado a su rincón favorito, se encogió de hombros y dijo en voz alta, sin ser consciente de ello:

—¿Qué importa?

Se sentó en el banco de piedra bajo las rosas.

—¿Qué es lo que no importa? —La cálida y melodiosa voz llegó de detrás de los rosales.

Anna se levantó de inmediato y se giró con los ojos entornados.

—¿Quién anda ahí? —exigió saber, molesta por la intromisión.

De entre las sombras, rodeando el macizo de flores, emergió un hombre alto y de cabello oscuro; distinguir sus rasgos en la penumbra resultaba casi imposible.

—Siento haberla asustado —se disculpó el desconocido con tono sosegado y acariciante.

—No lo ha hecho, pero me ha tomado por sorpresa, y además, no me agrada que me espíen —respondió, molesta por que la supusiera tan apocada.

—Créame si le digo que no la espiaba, simplemente paseaba del otro lado de la rosaeda, la escuché, y mi curiosidad fue mayor que mis modales. —Sonaba sincero y su voz la tenía por completo subyugada.

Qué maravilloso sería que alguien con un tono similar le susurrara al oído palabras de amor. Se estremeció de solo imaginarlo.

—¿Tiene frío?

—No, ha sido solo un... —se interrumpió sin saber cómo justificar el leve temblor.

Sus miradas se encontraron y, a pesar de la oscuridad, Anna tuvo la sensación de que él podía leer sus pensamientos. Sintió que el color acudía a sus mejillas. Incómoda, apartó la vista.

—¿No se está divirtiendo en la fiesta y por eso se refugia en el jardín, señorita...?

—Me divierto mucho, gracias —dijo, levantando su respingona nariz—. He salido a descansar un poco. Y ahora debo regresar, antes de que se preocupen por mi ausencia.

Sabía que eso no pasaría. Su tía estaba demasiado atareada con los invitados y Beth disfrutaba de tanta compañía que solo si bajara la escalera principal rodando lograría acaparar su atención.

—Adelante —la animó a volver a la fiesta—, seguro que los jóvenes están ansiosos por que vuelva a la pista de baile —respondió con un tono que a Anna le pareció jocoso.

Iba a decir algo, pero decidió no ponerse en evidencia delante de un desconocido con uno de sus airados comentarios.

—Por supuesto. —Girando sobre sus pequeños pies se encaminó hacia la casa—. Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, señorita, y que disfrute de la velada.

Capítulo 2

Bruce vio a la joven alejarse y una maliciosa sonrisa afloró en sus labios. A su llegada, tarde — como de costumbre, a causa de su hermana—, la joven le había llamado la atención por aquel horrible vestido rosa que no le favorecía en absoluto, y por su rostro adusto. Se había compadecido de ella por el mal gusto que tenía quien quiera que hubiese escogido aquella prenda. A lo largo de la velada volvió a verla en varias ocasiones y su expresión no había mejorado en ningún momento, ya estuviese bailando o intentando camuflarse entre la gente. No se sorprendió al verla caminar sola por el jardín y no pudo resistir la tentación de hablarle, pero la muchacha no parecía tener un carácter precisamente dulce. Le gustaba, no soportaba a las jovencitas de voz chillona y modales afectados. Además, mientras la había observado moverse por la sala, se dio cuenta de que lo único feo en ella era el vestido.

Su cuerpo, menudo y en apariencia delicado, se movía con gracia y decisión. Tenía un precioso pelo rojo, sus ojos parecían esmeraldas y su piel era blanca y tersa. Su pequeña nariz encajaba a la perfección sobre sus carnosos labios; tenía una boca perfecta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, eran labios hechos para besar.

Tan solo un momento antes había sentido la tentación de hacerlo, pero la joven no estaba de humor para soportar el atrevimiento y, con seguridad, se habría ganado una bofetada.

Una vez en el salón, Anna miró hacia el jardín, pero no pudo distinguir la figura de aquel hombre. Seguramente se había quedado entre los rosales, pensó sin prestar atención a quienes la rodeaban. Sin poder evitarlo, se encontró frente al señor Taylor.

—¡Ah!, señorita Remington, al fin la encuentro. Llevaba un rato buscándola para solicitarle otro baile —dijo con una tímida sonrisa.

—Qué atento, señor Taylor, pero estoy segura de que hay otras jóvenes que están deseando bailar con usted. —No queriendo herir sus sentimientos, acompañó sus palabras de una sonrisa.

—Tal vez, pero es usted tan encantadora que, de ser posible, me pasaría la noche en su

compañía.

No había captado la indirecta y, para colmo, la encontraba encantadora. ¡Con aquel vestido! Quizá debería compadecerse de él por su mal gusto.

—Creo que mis pies no lo soportarían. —La miró desconcertado—. He bailado muchísimo esta noche —le aclaró Anna, dándose cuenta de que tampoco había comprendido aquel comentario.

Intentó no sonar desagradable, aunque fuera cierto que sus agotados pies no resistirían más pisotones. ¡Era tan torpe!

—¡Ah! —Boqueó decepcionado, justo antes de recuperar el ánimo—. De todas formas ya falta poco para que la fiesta termine.

«¡Gracias a Dios!», pensó Anna.

—¿Me concederá este último? —le pidió, haciéndole una ridícula reverencia.

—Se lo concedo —cedió con desgana.

Resignada, se dejó guiar al centro del salón.

Mientras bailaba e intentaba esquivar los torpes zapatos de su acompañante, sus ojos miraban a su alrededor con curiosidad. Para qué negarlo, intentaba descubrir al hombre con el que había hablado en el jardín. Le resultó imposible. La escasa luz no le había permitido verle el rostro con claridad, y su estatura, único punto de referencia, tampoco resultaba de gran utilidad; en la sala había varios caballeros de ese tamaño. Casi todos morenos y de diferentes edades. Lo que no se podía negar era el atractivo de algunos de ellos, que incluso se parecían lo suficiente como para ser familia. Sospechaba que el hombre del jardín se encontraba entre ellos. O quizás no, a saber, y, de todas formas, ¿por qué continuaba pensando en aquel extraño?

Aquella noche, sentada en la cama de Beth, escuchaba distraída el parloteo de su prima, que se hallaba en una nube de felicidad. Había bailado, había reído y, según ella, había conocido al joven más apuesto y simpático de la fiesta.

—Se llama Christopher Talbot, es alto y fuerte; su sonrisa es deslumbrante y su voz... —concluyó la frase con un suspiro extasiado que hablaba por sí solo y que captó por completo la atención de Anna.

—¿Y su voz es...? —la instó a continuar. El corazón le había dado un salto en el pecho y no sabía por qué.

—Es tan dulce y melodiosa. —Beth soñaba con los ojos abiertos.

—¿Quizás también es... profunda? —la interrogó, procurando no sonar ansiosa.

—¿Profunda? —Beth pensó unos instantes—. No, yo no diría que profunda sea la palabra adecuada para definirla. Rica sí, rica, pero profunda no. Aunque estoy convencida de que con los años sí llegará a ser como dices.

—¿Qué edad le calculas? —Todo apuntaba a que no se trataba del hombre del jardín, sin

embargo, necesitaba salir de dudas.

—No sabría decirte con seguridad, quizás veintitrés o veinticuatro, no creo que tenga más.

El hombre con el que había coincidido junto a la rosaleda debía ser unos años mayor, caviló Anna, y casi suspiró del alivio. No entendía por qué, pero no le hubiera hecho gracia que su prima se enamorara de aquel hombre.

—¿Seguro que no has reparado en él? —preguntó incrédula—. ¡Anna! —la llamó con un leve tono de reproche al percatarse de que la otra no la estaba escuchando.

—Perdona, ¿qué me decías?

—¿Qué te pasa esta noche? Estás ausente.

—Supongo que es el cansancio —dejó caer, esperando que la creyese.

—Te decía que me resulta extraño que no te fijaras en el señor Talbot, es tan apuesto que no pasa desapercibido.

—Lo siento, querida, pero yo tenía bastante con escaparme de los horribles pies del joven Taylor y de las rechonchas manos del señor Griffith.

—No te lo has pasado bien, ¿verdad? —Torció el gesto, apenada.

—No ha sido tan horrible —mintió descaradamente—. He conocido gente interesante. —Eso sí era cierto, porque el encuentro en el jardín había despertado su curiosidad.

Una vez estuvo en su cama, le costó conciliar el sueño. Hacía calor y no cesaba de dar vueltas. Finalmente consiguió dormirse, aunque sus sueños fueron agitados y aquella voz la perseguía, la obsesionaba. Despertó sobresaltada y con una extraña sensación en todo el cuerpo.

Capítulo 3

Al inicio de esa semana, la señora Grant les refirió, emocionada, la lista de bailes a los que habían sido invitados, y todo gracias a su exitosa fiesta.

—Tendremos que revisar vuestros roperos, y a ti, Beth, habrá que encargarte varios vestidos nuevos —comentó, dispuesta a organizar al detalle cada velada.

—También habría que ordenar algunos para Anna, y a poder ser algo más favorecedores que el de la pasada noche. —El comentario de su hija la hizo sonrojar; cierto que el vestido no era bonito.

Se había centrado de tal manera en hacer brillar a su pequeña, que ni cuenta se había dado que relegaba a su sobrina a un segundo plano, y no era justo para ella.

—No será necesario —apuntó Anna con tono desenfadado—, me arreglaré con los que tengo, y si no puedo acudir a alguno de los bailes, tampoco pasa nada —añadió esperanzada.

—No digas tonterías —la amonestó su tía—. Beth tiene razón, iréis las dos a la modista. Ciertamente el color del último no era muy acertado —reconoció avergonzada.

Quería a su sobrina y le había prometido a su hermana cuidar de ella. Pero a veces su sentido práctico se antepone a las emociones y, como madre que desea lo mejor para su hija, se centraba en la tarea de hacerla destacar por encima del resto para encontrarle un buen marido.

Esa misma tarde fueron a la modista. Los vestidos de Beth serían blancos unos y azul celeste el resto. La mitad de los de Anna se confeccionarían en tonos amarillos y la otra mitad con telas de diferentes verdes, siempre pálidos.

La costurera aportó ideas para los diseños guiándose por la moda más reciente llegada de Francia. Aunque los que eligieron para Elizabeth deberían ser recatados por ser la muchacha una debutante, la dueña de la tienda sugirió que los de Anna fueran un poco más atrevidos. Todas estuvieron de acuerdo, y media hora más tarde, salían entusiasmadas del local; incluso Anna se veía con ganas de acudir al siguiente evento.

El resto de la semana transcurrió con tranquilidad. Sin embargo, a medida que el baile en casa de los Cabot se aproximaba, Anna sentía que un extraño hormigueo, para el que no encontraba sentido, se instalaba en su estómago cada vez que pensaba en la fiesta y en el resto de invitados. El recuerdo de una voz, cálida y sugerente, acudía entonces a su mente y el cosquilleo se volvía más intenso aún.

—¡Dios mío, niñas! —Clarissa, conmovida, se cubrió la boca con las manos—. Estáis preciosas. Beth, cariño, pareces un ángel, y tú, Anna, estás radiante. Este tono de amarillo realza el color de tu cabello y el resultado es de lo más favorecedor. —La miró con ternura.

—Gracias, tía.

—Tu madre estaría orgullosa de ti si pudiera verte. Te has convertido en una mujer maravillosa. —La voz se le cortó, emocionada, al acordarse de su querida hermana—. Ya está bien —dijo tratando de recuperar el control de sus emociones—, dejémonos de halagos y vámonos; me niego a pasar horas en la cola de entrada. Y, por favor, comportaos como las señoritas educadas que sois.

—Sí, tía, no se preocupe —respondió ella por las dos, mientras Beth soltaba una risita maliciosa.

—Sois un par de chiquillas atolondradas —las regañó, con ternura—. Venga, moveos. —Al verlas salir del cuarto sonrió ufana.

La fiesta era estupenda, y esa noche Anna se sentía bien, a gusto consigo misma, y se estaba divirtiendo con las atenciones de varios jóvenes que se disputaban los turnos para sacarla a bailar. Sin embargo, no podía evitar mirar a su alrededor de vez en cuando, para ver si descubriría la presencia del caballero del jardín. Pero ninguno de los presentes encajaba con el recuerdo que guardaba de él. Había perdido ya la esperanza de verlo cuando descubrió, en un rincón, a un grupo de caballeros. Entre ellos destacaban tres especialmente altos. Su corazón latió con fuerza. ¿Sería uno de ellos?

Estaba convencida de que así era, pero no lograba reconocerlo.

Un comentario de su pareja de baile la hizo olvidar a su desconocido y concentrarse en la danza.

Una hora más tarde, agotada de tantos giros y saltitos, se escabulló hacia el jardín, como hiciera en la fiesta de su tía, para darse un respiro. Caminó sin rumbo por entre los parterres, en busca de un lugar en el que poder tomar asiento y así dar descanso a sus pies. Fue al bordear uno de los setos que delimitaban una parte del sedero, cuando descubrió la preciosa rosaeda y hacia ella se

dirigió.

Nada más llegar, Bruce había descubierto a la muchacha en el centro de la pista de baile, riendo por algo que había dicho su acompañante. Esa noche estaba muy hermosa, pensaba justo cuando sus miradas se encontraron. Fue apenas un instante, pero supo que no lo había reconocido. Tal vez ni lo recordara, pensó decepcionado.

Poco le duró el desencanto, y una sonrisa curvó sus labios al verla marcharse, sola, en dirección al jardín. Se disculpó ante el grupo con el que había estado conversando y la siguió.

Aquella costumbre suya de escaparse en plena fiesta, ¿sería un hábito o quizá, en aquella ocasión, planeaba reunirse con alguien? Por si acaso, se mantuvo a una distancia prudencial; no quería inmiscuirse si algún caballero la aguardaba entre las sombras.

La vio dirigirse hacia el parterre de las rosas. El lugar parecía solitario, aun así, decidió dar un pequeño rodeo que le permitiría retirarse con discreción en caso de ser necesario. Los minutos pasaban y continuaba sola, admirando las flores y aspirando la suave fragancia que desprendían, saturando el aire a su alrededor.

—Sospecho que siente predilección por las rosas.

Anna no se movió al escucharlo, pero sintió cómo su corazón se aceleraba. ¡Aquella voz la cautivaba!

—No se equivoca, son mis favoritas, sobre todo las amarillas —reconoció sin pensar—. Y usted, caballero, parece tener cierta inclinación a interrumpir mis momentos de descanso.

Bruce sonrió. Definitivamente la muchacha no era de las que se guardaba su opinión; tenía carácter, y eso le gustaba.

—Vuelvo a pedirle disculpas, señorita... —Aguardó unos segundos, esperando a que ella completara la frase con su apellido, pero no lo hizo—. Dada nuestra tendencia a... coincidir, creo que deberíamos presentarnos. Bruce Talbot, para servirla —dijo al tiempo que realizaba un discreta reverencia.

Al oír su nombre, Anna sintió que el corazón se le salía del pecho. Talbot era el apellido del joven que había encandilado a su prima, pero el nombre de pila no era el mismo, ¿o sí? No lo recordaba.

Se giró despacio, conteniendo la respiración cuando lo tuvo frente a ella. Sus ojos, negros como la noche, tenían un brillo especial, y la sonrisa que adornaba su boca le iluminaba el rostro. Un rostro que, sin lugar a dudas, era el más atractivo que hubiera visto jamás, reconoció para sí mirándolo muda de la impresión.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó sustituyendo la sonrisa por un gesto de preocupación y, acortando la distancia entre ellos, le rozó el codo.

El leve contacto la hizo reaccionar.

—¿Qué? Oh, sí —carraspeó apurada—, disculpe. —Irguió la espalda, levantó su naricilla y reanudó la conversación como si nada hubiera ocurrido—: Remington, señorita Anna Remington.

Bruce volvió a sonreír abiertamente. Solía causar buena impresión en las mujeres, pero no hasta el extremo de dejarlas sin habla, y se apostaría la cabeza, sin temor a perderla, que eso le había ocurrido a la joven.

—Un placer, señorita Remington.

Se sostuvieron la mirada, de nuevo en silencio. Tras unos segundos, Anna se removió incómoda, y algo nerviosa apartó la suya.

—¿Y a usted qué le trae por el jardín, señor Talbot? —lo interrogó, observándolo de soslayo.

Bruce meditó su respuesta antes de contestar.

—No diré que las flores. Son otras cuestiones las que provocan mi curiosidad.

—Lo de verdad curioso es que, siendo tan grande el parque, nos hayamos vuelto a encontrar —apuntó mordaz.

—Muy curioso, sí. Tal vez el destino ha...

—No creo en el destino —sentenció tajante—. La actitud ante la vida y los actos son los que forjan a la persona y determinan su futuro.

—Para ser tan joven, habla usted con excesivo convencimiento. —Se cuidó de mostrar su diversión, pero estaba seguro de que aquellas ideas no le pertenecían. ¿Qué podía saber ella de la vida?

—No soy tan joven —se apresuró a aclarar.

—No pretendía ofenderla, pero siendo esta su primera temporada supuse...

—Es, como bien dice, mi primera temporada —lo interrumpió dedicándole una breve mirada—, pero no acabo de salir del aula. La mía tendría que haberlo sido hace tres años, pero la muerte de mis padres hizo que todo se retrasara.

—Lo siento de veras —le ofreció sus condolencias, muy serio.

—No tiene importancia. ¡Lo de mi temporada, quiero decir! La pérdida de mis padres por supuesto que la tiene. Lo otro son solo costumbres sociales que, además, me parecen un tanto obsoletas y aburridas.

—Pues hace un momento, en el salón, se la veía muy animada —observó Bruce.

—No lo niego. Una cosa no tiene por qué excluir a la otra, señor Talbot. Me gusta bailar y pasármelo bien, como a cualquier persona.

—Entonces, tal vez podría concederme un baile cuando regresemos a la fiesta.

—¿Le gusta bailar? —preguntó sin poder disimular su sorpresa.

—Nunca le he dicho lo contrario, que yo recuerde. De todas formas, no suelo hacerlo con frecuencia. Al igual que usted, este tipo de eventos me desagrada sobremanera, aunque en ocasiones uno tiene la suerte de conocer a personas interesantes que hacen que la noche merezca la pena.

Volvió a deslumbrarla con su sonrisa. ¿Se refería a ella? Improbable, se reconvino.

—Si tanto le aburren, ¿por qué acude?

Oh, vaya, ¿por qué no se mordía la lengua? Si su tía la oyera, diría que era una descarada.

Bruce soltó una carcajada. El sonido de aquella risa invadió los sentidos de Anna, que se notó hasta un poquito mareada.

—Tiene razón, vengo por obligación. Mi hermana es una de las debutantes y hay que vigilar que ningún caballere se sobrepase.

—No veo que esté muy preocupado por ella —dijo, punzante.

—No tiene caso que lo esté, puesto que alguno de mis hermanos estará pendiente de la muchacha. De todas formas, al igual que usted, es una joven que sabe arreglarse muy bien sola.

—¿Son muchos hermanos?

Su curiosidad lo hizo sonreír una vez más.

—Cinco, Carla es la pequeña.

—¿Usted es...?

—Y usted es... muy curiosa. —Anna se ruborizó y bajó la mirada, haciéndole arrepentirse de su broma—. Soy el tercero de los cinco y, por favor, no se apure. Me gusta la gente que dice lo que piensa.

—Estoy segura de que mi tía no estaría de acuerdo con usted. Ahora, mejor será que vuelva dentro, si me echara en falta le daría un ataque.

Él asintió sin decir nada. La señorita Remington pasó tan cerca de él que pudo aspirar su fragancia. ¡Qué bien olía! ¿A rosas, tal vez?

—Buenas noches, señor Talbot.

—Recuerde que me ha prometido un baile.

Permaneció donde estaba, de pie, viendo cómo se alejaba con paso decidido, pero sin comprometer la elegancia de sus movimientos.

Capítulo 4

Nada más entrar en el abarrotado salón vio a su tía, estirando el cuello y mirando hacia uno y otro lado, seguro que tratando de localizarla entre el gentío. Se encaminó hacia ella con tranquilidad.

—¿Dónde te habías metido? —la increpó nada más verla—. Llevo ya un rato buscándote.

—Salí un minuto al jardín. Hace demasiado calor aquí dentro y me sentía algo indispuesta.

—No debes salir sola, cualquiera podría fijarse y pensar mal —la reprendió, nerviosa.

—No se preocupe, tía, apenas me alejé, tan solo un par de metros —mintió con el fin de apaciguarla.

—Está bien, pero no vuelvas a hacerlo. Ahora ven, deseo que conozcas a alguien. —La empujó con suavidad hacia un grupo que conversaba unos pasos más allá, deteniéndose frente a uno de los caballeros—. Querido señor Roberts —la voz de su tía adquirió un tono demasiado agudo y hasta un poco ridículo—, quiero presentarle a mi encantadora sobrina Anna.

¿Qué pretendía su tía?, se preguntó horrorizada. Aquel hombre podría ser su padre.

—Es un placer, señorita Remington.

Cogiéndole la mano, se la llevó a hacia los labios. Anna tuvo que contenerse para no retirarla.

—Señor Roberts, el gusto es mío.

Con el mismo esfuerzo procuró que su tono fuera agradable y llevó a cabo una discreta reverencia.

—Ciertamente encantadora, señora Grant —le dijo a su tía y, sin soltarle la mano, continuó—: Con su permiso, me gustaría solicitarle este baile.

—Por supuesto —contestó exultante Clarissa—. Anna lo aceptará gustosa.

Sin perder la sonrisa, le dedicó a su sobrina una mirada de advertencia. Ella no dijo nada, se limitó a asentir antes de ser arrastrada hacia el centro de la pista.

El hombre intentaba ser agradable en su conversación, pero lo encontraba tedioso. Aun así, se obligó a mantener una expresión afable y fingir interés por lo que le contaba.

Bruce, desde el otro extremo del salón, observaba a la pareja; no le pasó desapercibida la tensa sonrisa de la señorita Remington. Cuando la pieza estaba a punto de finalizar, sin pensar lo que

hacía, se encaminó hacia ellos y justo en el último compás posó la mano sobre el hombro del otro.

—Si mal no recuerdo, señorita Remington, me prometió el próximo baile.

Le dedicó una de sus radiantes sonrisas sin apartar los ojos de los de ella, a la espera de una respuesta.

—En efecto, señor Talbot, el siguiente baile es suyo —contestó, separándose, quizás demasiado rápido, de su acompañante.

—¿Se conocen? —inquirió Roberts, molesto por la intromisión.

—Por supuesto, nos presentó un amigo común al inicio de la velada —respondió Bruce al tiempo que le ofrecía su brazo a la joven.

—Ha sido un placer bailar con usted, señor Roberts —dijo Anna, colocando la mano sobre el antebrazo de su nuevo acompañante.

A Roberts no le quedó más remedio que despedirse con una leve inclinación de cabeza y alejarse.

—Debo darle las gracias. —Se sentía en verdad aliviada—. Sospecho que, de no haber aparecido usted, habría tenido que soportarlo el resto de la velada.

—Usted y su sinceridad, señorita Remington. —Rio por lo bajo—. Tenga cuidado delante de quién hace esos comentarios o podría tener problemas —le aconsejó con un gesto que detonaba diversión.

Anna, en cambio, se sintió mortificada, porque sabía que él llevaba razón, cualquier día su lengua la pondría en un aprieto.

Comenzaron a sonar los primeros acordes de la nueva melodía y fue entonces cuando Anna se dio cuenta de que ya estaba entre sus brazos. Unos brazos que notaba recios bajo sus manos, pero que la sostenían con gentileza. Arrobadada, alzó la vista, pero necesitó echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. La diferencia de estatura se hacía más patente al estar tan cerca el uno del otro. Sin embargo, comprobó que para ser tan alto, se movía con gracia y la hacía girar con rapidez y destreza al ritmo de la música; resultaba tan estimulante... Nunca había tenido aquella sensación al bailar con nadie. Percibió de nuevo su fragancia y necesitó esforzarse para no cerrar los ojos, dejarse llevar y aspirar aquel aroma embriagador que, al girar, los envolvía a ambos. Para evitar hacer el ridículo, desvió la vista hacia un lado y observó al resto de danzantes.

Un nuevo giro los acercó a Elizabeth, que bailaba extasiada en brazos de un alto y apuesto joven. Este observaba al señor Talbot con el ceño fruncido, como si estuviera viendo algo excepcional. Una mirada de Bruce Talbot fue suficiente para que el más joven se alzara de hombros antes de volver a centrarse en su hermosa acompañante.

Anna captó el cruce de miradas.

—Quién baila con mi prima, ¿es uno de sus hermanos? —le preguntó, segura de no equivocarse. Sin duda era el joven del que Beth decía estar enamorada, y aunque resultaba atractivo, estaba lejos de ser el más apuesto del mundo como esta afirmaba.

—¿Tanto nos parecemos? —sonó divertido, sabiendo que la respuesta era evidente.

—No es necesario que se burle, también podría ser su primo —apuntó, poniéndose a la defensiva.

—No observo gran parecido entre su prima y usted —replicó Bruce.

—Yo he heredado los rasgos de la familia de mi padre y Beth, sin embargo, habría pasado sin problema por hija de mi madre; se parece mucho a ella.

—Su madre debió ser una mujer muy hermosa, entonces.

—Sí que lo era.

El orgullo que siempre demostraba al hablar de su progenitora se vio empañado, en esa ocasión, por una punzada de... ¿celos, tal vez? No exactamente, pero se aproximaba bastante. El hecho de que considerara hermosa a Beth no le molestaba tanto como que no lo hubiera dicho de ella. Sabía que no era hermosa, pero no pudo evitar sentirse decepcionada. No tenía motivos para estarlo, sin embargo, tenía que admitir que le dolía su falta de interés.

—Aunque he de reconocer que las mujeres con cara de ángel nunca han captado mi atención. — La miraba fijamente mientras hablaba.

—¡Ah! ¿Y qué clase de mujer la capta, pues? —Se arriesgó a preguntar.

Bruce sonrió para sus adentros, el desparpajo de la muchacha cada vez le gustaba más.

—Me atraen las mujeres poco comunes, con carácter, seguras de sí mismas y de ideas claras. —Le acarició el rostro con la mirada mientras enumeraba sus preferencias y, después, volvió a enfrentar sus ojos. Podría perderse en ellos hasta el fin de los tiempos—. Una mujer capaz de mirar de frente cuando dice lo que piensa.

Al escucharlo, Anna pensó que las piernas no la sostendrían. ¿Hablaban de ella? Se estremeció de emoción. ¡Imposible!, sentenció la parte más sensata de su mente. No podía ser que un hombre como él, tan apuesto y en apariencia perfecto, se hubiera fijado en ella. Nada en su comportamiento sugería que así fuera. Por más que la descripción dada coincidiera con su persona, seguro que hacía alusión a otra. Tenía que ser eso o que, presa del aburrimiento, había decidido utilizarla para entretenerse el resto de la velada, reflexionó, convencida de que ese era su único propósito.

¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar solo por pasar el rato?

—Y dígame, Talbot, ¿ha encontrado ya a alguna dama con tales características? —obvió llamarlo señor a propósito, pero no acertó con la entonación; sonó más ácida que mundana. No le importó, si se le ocurría mencionarla, era capaz de propinarle una patada en la espinilla, por embustero.

Bruce frunció el ceño, extrañado por aquel cambio de actitud que no sabía cómo interpretar. ¿Intentaba aparentar frivolidad?, porque no lo había conseguido. Se obligó a no sonreír.

—¿La camaradería es tanta ya como para olvidarnos de los formalismos, señorita Remington? —hizo hincapié en el tratamiento.

—Puesto que la conversación se había tornado un tanto informal, los consideré innecesarios — espetó, molesta por el toque de atención. Respiró hondo, buscando serenar su creciente mal humor

—. Pero tiene razón, no nos conocemos en absoluto y el exceso de confianza ha estado fuera de lugar. Le pido disculpas.

La música había cesado y Anna, abochornada por su lamentable actuación, escapó de entre sus brazos. Le dedicó una sutil venia y, negándole la oportunidad de acompañarla fuera de la pista, se alejó de él a toda prisa.

Disfrutaba viéndola caminar; lo hacía con pasos firmes y un ligero contoneo, para él, tan provocador o más que los lánguidos andares de otras, que se movían acentuando en exceso el movimiento de sus caderas. Tenía que reconocer que por momentos se sentía más cautivado por la señorita Remington.

—¿Planeas quedarte ahí plantado el resto de la noche? —le preguntó con sorna su hermano pequeño.

—No me provoques, Chris.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el otro extremo del salón.

—¿De qué conoces a la prima de Beth? —lo interrogó de nuevo Christopher, siguiéndolo de cerca.

—¿De qué conoces tú a Beth? —respondió a cambio, cortante.

—¿Sabes? —ignoró la pregunta de Bruce—, lo más sorprendente de la velada ha sido verte bailar. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo hiciste.

—Cuando te lo propones puedes llegar a ser muy molesto, lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

El tono cansado de Richard, el mayor de los Talbot, daba a entender que aquellas discusiones eran habituales entre sus dos hermanos menores.

—La culpa es suya, que se ofende solo porque le hago un par de preguntas —respondió el más joven, señalando a Bruce como responsable de la discordia.

—Porque no dejas de curiosear en mi vida como una vieja chismosa.

—Suficiente —los amonestó Richard, poniendo fin a la trifulca—. Es hora de rescatar a nuestra hermana y volver a casa. —No necesitó decir más.

Los otros dos, tras un cruce de miradas, se alejaron cada uno por un lado.

Mientras trataba de localizar a Carla entre los invitados, Bruce vio como Anna y su familia se despedían de los anfitriones. De él se había alejado molesta, y ni un adiós le había dicho, pensó contrariado.

La próxima vez que la viera trataría de enmendar su error, fuera lo que fuera lo que hubiera hecho para incomodarla. Le gustaba lo suficiente como para que le preocupara saberla enojada con él.

Capítulo 5

Una vez se hubieron instalado en el carruaje, Clarissa no perdió ni un segundo e interrogó a su sobrina acerca del caballero con el que había bailado la última pieza.

Anna le contó una verdad a medias: que habían sido presentados al inicio de la velada, y que los Talbot habían acudido al baile acompañando a su hermana.

Beth, aunque atenta a cuanto decía su prima, permaneció en silencio. Si su madre no había reparado en que también ella había bailado, en dos ocasiones, con uno de los hermanos, mejor no decir nada.

—Talbot. —Clarissa repitió el apellido en voz baja y con expresión concentrada—. El nombre me suena, pero no logro...

—Asistieron a nuestra fiesta a petición mía —intervino el señor Grant.

—Cierto, querido, ahora los recuerdo. De todas formas, tendré que hacer algunas averiguaciones.

—¿Averiguaciones? Tía, por favor, que solo fue un baile. No veo motivos para que...

—Qué inocente eres, criatura. —Sonrió condescendiente—. Me he dado cuenta de cómo te miraba. Por cierto, ¿qué te ha parecido el señor Roberts?

El cambio de tema dejó a Anna con ganas de saber qué había visto su tía de especial en la mirada del señor Talbot.

—Un viejo, pesado, que desprende un desagradable olor a tabaco y que, además, no sabe bailar.

—Pero posee una inmensa fortuna.

—Me va a disculpar, tía, pero mi situación no es tan desesperada.

—Solo pienso en tu bienestar —se justificó la mujer—. Un matrimonio con el señor Roberts te proporcionaría una buena posición, además de seguridad económica, y que Dios me perdone por decir esto, pero no pasarían muchos años antes de que te convirtieras en una joven viuda.

—¡Tía!, no voy a casarme pensando en el deceso de mi futuro esposo —sentenció escandalizada.

—De acuerdo. Estoy agotada y no tengo ganas de discutir. De todas formas, deberías pensar en

ello.

La sugerencia llegó justo cuando el carruaje se detenía ante la residencia de los Grant y Anna prefirió dejar el tema de lado, al menos por el momento. No obstante, sabía que sus tíos no la obligarían a casarse con alguien que no fuera de su agrado.

Media hora más tarde, con la casa ya a oscuras y en silencio, Beth irrumpió en el cuarto de Anna sin llamar, como tenía por costumbre.

—¿Qué tal te lo has pasado esta noche? —preguntó nada más cerrar la puerta.

—Bien, supongo —respondió esquiva, haciéndose a un lado de la cama para dejarle espacio a su prima, que se tumbó junto a ella bajo las mantas.

—Te vi bailar con el hermano de Christopher —apuntó sonriendo con picardía.

—¿Y qué tiene de especial? No fue el único con el que lo hice.

—Yo también me fijé en cómo te miraba —dijo sin perder la sonrisa.

—Según tú, ¿cómo se supone que lo hacía? —preguntó con un tono más bien áspero que camufló a la perfección la curiosidad que burbujeaba en su interior desde que su tía lo mencionara.

—Con mucha intensidad —contestó Beth entusiasmada.

—Menuda tontería —resopló, notando que se le aceleraba el pulso. ¿Sería cierto?—. Además, ¿qué puedes saber tú sobre miradas?

—No mucho, la verdad, pero había algo en sus ojos que... no sé cómo explicarlo.

—Sí que me has sacado de dudas —rezongó decepcionada—. De todas formas, seguro que te equivocas, y tía Clarissa también —señaló intentando restarle importancia al asunto—. Y a ti, ¿cómo te fue con tu galán?

—¡Ay, Anna! Estoy locamente enamorada de él —suspiró con expresión soñadora.

—¿Enamorada, cuando apenas lo conoces? —no disimuló su incredulidad.

—Tienes razón, pero, cuando estoy entre sus brazos, me noto en una nube. —Anna pensó que también conocía esa sensación—. Y cuando me mira, me hace sentir la mujer más hermosa de toda Inglaterra. Es tan dulce y atento conmigo.

—Tal vez solo esté siendo complaciente.

—No —se apresuró a contradecirla Elizabeth, incorporándose de golpe—. No es un simple adulator. Algo aquí dentro me dice que no lo es —sentenció llevándose la mano al pecho.

—Entonces, ¿crees que él sienta la mismo? —Anna también se sentó y las mantas se le arrebujaron sobre el regazo.

—Eso creo, sí. —Sonrió radiante y totalmente convencida de lo que decía—. De hecho, mañana vendrá a visitarme —soltó emocionada.

—¡Vaya! —exclamó, contagiándose de la ilusión de su prima—. Me alegro tanto por ti. —Se

abrazaron efusivas—. Ahora deberías irte a descansar —le aconsejó al separarse.

—Vuelves a tener razón —asintió al tiempo que abandonaba la cama—, aunque dudo que la agitación que siento por dentro me permita dormir. —Sonreía de oreja a oreja al despedirse.

—Buenas noches, Beth —le deseó, acurrucándose de nuevo bajo las mantas, consciente de que a ella tampoco le resultaría fácil conciliar el sueño.

Imposible hacerlo cuando no dejaba de preguntarse qué había de especial en la mirada del señor Talbot para que su tía, e incluso su prima, hubieran reparado en esta. Quizá, después de todo, no se burlara al hablarle y sí había algo en ella que le resultaba, cuando menos, interesante. ¿Podría ser cierto? Tendría que aguardar al próximo encuentro para averiguarlo. A no ser que Beth interrogara a su enamorado, caviló, desechando la idea al instante por inadecuada y porque, además, para que tal cosa ocurriera tendría que confiarle su interés por el caballero en cuestión.

Amanecía cuando logró quedarse dormida.

Como Beth había dicho, Christopher Talbot se presentó esa tarde en casa de los Grant. Si la aparición del joven tomó por sorpresa o no a su tía, era imposible de saber. La impávida expresión de su rostro al recibirlo no les daba ninguna pista, y su prima asistía al intercambio de cortesías presa de la ansiedad. Solo cuando su madre dio su permiso y se retiró, dejándolos a ellos tres en la salita, pudo Beth demostrar su contento por la visita del menor de los Talbot.

Anna se sentía algo incómoda teniendo que actuar de carabina de la pareja, pero debía hacerlo o sería su tía quien ocuparía su lugar frente a Elizabeth y su pretendiente. Dejarlos a solas era impensable.

Hacían buena pareja, pensó al observarlos por encima de la taza de té, sin tomar parte en la conversación. Hablaban, sonreían y aprovechaban la menor oportunidad para tocarse con disimulo. Se los veía tan felices que no pudo evitar sentir un poco de envidia. Estaba segura de que Bruce Talbot no la había mirado a ella con la adoración que su hermano contemplaba a Beth.

Transcurrida una hora, Clarissa Grant reapareció en la sala, anunciando con su presencia el final del encuentro.

—De nuevo le doy las gracias por haberme recibido en su casa, señora Grant —dijo el joven cuando lo acompañaron al recibidor—. Me preguntaba si... me daría permiso para regresar la semana próxima.

Anna notó como Beth contenía el aliento en tanto su madre meditaba su respuesta.

—Será agradable verlo de nuevo, señor Talbot —dijo al fin, esbozando una leve sonrisa.

Beth, situada unos pasos por detrás de su madre, dio palmas en silencio y Christopher le devolvió la sonrisa a la dueña de la casa. Una sonrisa muy parecida a la de su hermano, pensó Anna.

—Aunque supongo que coincidiremos este viernes en el baile de los Ruderford —apuntó

Clarissa—. ¿No es así?

El centelleo que Anna advirtió en los ojos de su tía la llevó a sospechar que conocía de antemano la respuesta, lo que la hizo suponer que había realizado sus pesquisas sobre los Talbot.

—En efecto, allí estaremos.

«¡Lo veré de nuevo!», celebró para sus adentros Anna al escucharlo. Incluso, con un poco de suerte, hasta podría bailar de con él otra vez. Un escalofrío de anticipación le trepó por la espalda al imaginarse una vez más entre sus brazos, escuchando su cautivadora voz mientras su fragancia la envolvía.

Fueron varios los caballeros que, a lo largo de la semana, se presentaron en casa de los Grant con la esperanza de acompañar a las muchachas a la hora del té o durante uno de sus paseos por el parque. Pero ninguno de ellos logró despertar el interés de las primas. Cuando al fin llegó el viernes, ninguna de las dos se acordaba de ellos. Solo podían pensar en el baile de esa noche y en quienes también asistirían a él.

En esa ocasión, Anna eligió un bonito vestido en tonos verdes que sin duda realzaría el color de sus ojos y haría destacar sus cabellos rojizos. Al menos eso había creído hasta verse reflejada en el espejo. El escote era tan pronunciado que dejaba al descubierto el nacimiento de sus pechos. Incómoda, pensó sustituirlo por otro.

—Ni se te ocurra —reconvino Beth—, estás preciosa.

—Cuando tu madre repare en la hechura del corpiño pondrá el grito en el cielo —apuntó incómoda con su aspecto.

—No seas tonta. Ya no eres una niña y puedes permitirte lucir una buena porción de piel. Además, te favorece y no resulta en absoluto escandaloso.

—Me siento desnuda.

—Qué exagerada eres. Verás como mamá no tiene nada que objetar al respecto.

—¿Sobre qué no tendré nada que objetar? —intervino Clarissa, que en ese instante aparecía en el dormitorio de su sobrina.

—Tía, entendería que me pidiera que elija un vestido más adecuado —respondió Anna compungida.

Clarissa la observó de arriba abajo y dio una vuelta a su alrededor antes de situarse de nuevo frente a ella.

—Tu madre estaría tan orgullosa de ti —sentenció emocionada—. Te has convertido en una mujer hermosa, y ese vestido es perfecto.

Acercándose más a ella, le dio un beso en la mejilla.

Su sobrina, aunque emocionada también con el recuerdo de su madre, no dejó de sorprenderse por aquella inusual muestra de afecto.

—Mi niña, tú también estás preciosa —elogió a su hija—. Sospecho que esta noche no serán pocos los jóvenes que caigan rendidos a vuestros pies —añadió, risueña—. Pero vámonos ya o seremos de los últimos en llegar.

Capítulo 6

Esa noche, para variar, los Talbot habían sido de los primeros en llegar a la fiesta de los Ruderford, y mientras Christopher, impaciente por ver aparecer a la señorita Grant, no apartaba la vista de la entrada, Bruce conversaba con sus hermanos mayores. Aunque, de tanto en tanto, también a él se le iban los ojos hacia las puertas abiertas de par en par. Nada en su actitud, en apariencia relajada, dejaba entrever que aguardaba la llegada de la peculiar señorita Remington.

—¡Vaya, vaya!, pero a quién tenemos aquí —escuchó decir a su espalda, reconociendo al instante la sensual voz—. Bruce Talbot en persona —añadió la mujer cuando se giró hacia ella.

—Buenas noches, señora Kent —la saludó formal a pesar de la confianza que se tenían.

—Cuánto tiempo sin saber de ti, querido —casi ronroneó.

—Cierto, hacía mucho que no coincidíamos.

—Unos meses atrás tú mismo habrías propiciado el encuentro —apuntó, fingiéndose enfurruñada—. ¿Acaso te has olvidado de mí, que ya nunca me visitas? —inquirió, acortando la distancia entre ellos para que solo él pudiera oírla.

—Si mal no recuerdo, la última vez que lo hice, te encontré... muy bien acompañada —respondió con gesto socarrón.

—Lo había olvidado, pero aquello ya se terminó. —Se acercó un poco más a él—. Este sería un buen momento para retomar nuestra... amistad —sugirió con una incitante sonrisa en los labios y la mirada entornada.

Bruce contempló en silencio a la viuda que en otra época había sido su amante. No cabía duda de que era una mujer hermosa, sin embargo, sus voluptuosas curvas ya no provocaban reacción alguna en su cuerpo. Incluso encontraba excesivo el pronunciado escote que a duras penas lograba contener los generosos senos. Le encantaba ser el centro de atención, acaparar todas las miradas, aun a costa de ser la comidilla de las matronas allí reunidas.

—Tal vez mañana, si no tienes otros planes, podríamos tomar juntos el té —le propuso con tono meloso, aunque Bruce no llegó a escucharla.

La señorita Remington acababa de llegar y él se había quedado sin respiración al verla. ¡Estaba preciosa! No habría sabido decir si se debía al bonito y tentador vestido, que insinuaba más que

mostraba, o porque esa noche su cabello, recogido hacia atrás formando una cascada de tirabuzones, parecía más cobrizo que nunca, o porque sus ojos, que en ese instante se topaban con los suyos, se veían también más verdes. Fuera cual fuera el motivo, estaba deslumbrante, decidió sosteniéndole la mirada.

Una tímida sonrisa se formó en los labios de la joven y a Bruce se le aceleró el pulso. Supuso que por el alivio de comprobar que no le guardaba rencor tras su último encuentro.

Lillian, molesta por que hubiera dejado de prestarle atención, se giró dispuesta a averiguar qué o quién lo distraía.

«¡Qué interesante!», pensó al descubrir a la muchacha de expresión arrebolada que, sin duda, era la responsable de que Bruce la ignorara, a ella, por completo. ¿Sería la jovencita un mero pasatiempo o el interés de su examante sería genuino?, se preguntó picada por la curiosidad y un poquito también por los celos. Iba a ser divertido averiguarlo, resolvió, haciendo desaparecer la distancia entre ellos y posando la mano sobre el amplio pecho masculino.

Bruce, sorprendido, desatendió a la recién llegada para mirar a la descarada mujer que se pegaba a él.

—Creo que aún hay espacio suficiente en la sala, querida —apuntó socarrón al tiempo que le apartaba la mano con suavidad.

—¡Qué formal te has vuelto! —le recriminó, fingiéndose decepcionada, pero con una sonrisa de satisfacción pugnando por asomarse a sus labios.

—En cambio, tú eres la de siempre.

A pesar del tono desenfadado y la sonrisa ladeada, Lillian supo que no se trataba de un halago, pero no se ofendió por la crítica. Nunca le había importado lo que opinaran de ella, de hecho, le encantaba dar de qué hablar. Además, la cara de desilusión de Bruce al alzar la vista y comprobar que su *palomita* había volado, compensaba la crítica. La velada prometía ser entretenida.

A Anna apenas le había tomado unos segundos localizar al caballero que desde un tiempo a esa parte ocupaba, cada vez con mayor frecuencia, sus pensamientos. Cuando él la miró y sus ojos se encontraron, las mariposas que sintiera instaladas en su estómago durante el breve trayecto, comenzaron a batir las alas con tal entusiasmo que temió pudieran escapársele del cuerpo. Aunque poco le duró la alegría. Reparar en la mujer que se pegaba al señor Talbot —a su modo de ver— con excesiva familiaridad, chafó por completo la sensación de júbilo que experimentara al verlo. Descubrir la identidad de la acompañante solo sirvió para incrementar su desencanto. No conocía personalmente a la señora Kent, pero su fama de *liberal* la precedía. No era mucho suponer que entre ella y Bruce Talbot existía un vínculo *afectivo*. Cualquiera que hubiera oído hablar de la viuda sabía que pocas veces dormía sola. Detalle que la mayoría elegía pasar por alto, pues la fortuna heredada y sus contactos pesaban más que sus actos.

Qué estúpida e ingenua había sido al creer que el interés de Talbot por ella pudiera ser real. Pero no le daría la satisfacción de verla abatida, se prometió mientras se dirigía hacia el extremo opuesto del salón con los hombros erguidos y la barbilla en alto. A fin de cuentas nada le debía aquel hombre, de hecho apenas se conocían. Un par de encuentros fortuitos y un baile era cuanto habían compartido.

Poco importaba la forma en que, según sus parientes, Talbot la miraba, o sus gustos sobre mujeres, porque en ningún momento había dicho o hecho nada que indicara interés hacia su persona. Ella sola se había ilusionado, dejándose llevar por absurdas conjeturas. Quizá porque en verdad se sentía terriblemente atraída por él. Sí, Bruce Talbot le gustaba, pero eso no le otorgaba ningún derecho y no tenía motivos para sentirse dolida; mucho menos celosa. Trataría de apartarlo de sus pensamientos y disfrutar, en la medida de lo posible, de la fiesta.

Como si hubieran podido adivinar sus pretensiones, un par de jóvenes a los que conocía de anteriores reuniones se acercaron para anotar sus nombres en el diminuto carné de baile que colgaba de su muñeca. Antes de que la orquesta comenzara a tocar, Anna tenía comprometidas todas las piezas.

«Esta noche está usted encantadora, señorita Remington», era la frase que Anna había escuchado, tan sorprendida como halagada, en varias ocasiones a lo largo de la velada. Después de todo se estaba divirtiendo. Solo perdía la sonrisa cuando sus ojos se posaban sobre Bruce, y apartaba el rostro con presteza si sus miradas coincidían. Su actitud no mejoraba si era Lillian Kent a quien veía revolotear por el salón, conversando con unos y dando de qué hablar a otros.

Con la fiesta bien avanzada y los pies doloridos, Anna decidió darse un respiro y descansar. De camino a la terraza, no pudo dejar de observar que ni el señor Talbot ni la señora Kent se encontraban en la sala. ¿Se habrían marchado ya? ¿Acaso juntos? ¿Y a ella qué le podía importar si así era?, se reprendió, enojada consigo misma.

¡Al diablo con ese hombre! Había demostrado ser una necia por encapricharse del primero que se cruzaba en su camino y le regalaba el oído. Pero pensaba ponerle remedio y olvidarse de él cuanto antes; de hecho, hacía poco más de media hora que Philip Pullman le había pedido permiso para visitarla y se lo había concedido. Habían bailado en un par de ocasiones y conversado durante un buen rato, y debía reconocer que el joven le agradaba. Era apuesto, divertido, muy atento y su familia gozaba de una muy buena posición social; detalle que, si bien a ella no le importaba lo más mínimo, su tía sí tendría en cuenta, estaba segura de ello.

Sumida en sus pensamientos, no fue consciente de dejar atrás la terraza para adentrarse en el jardín hasta notar las piedrecitas del suelo a través de las finas suelas de sus zapatos de baile. Estaba tan habituada a escabullirse en busca de tranquilidad, que hasta sin pensar lo hacía, pensó con humor, avanzando por el camino que, sabía, la llevaría hasta los hermosos rosales de los

Rudford. Ya podía oler el aroma de sus flores. Cerró los ojos y avanzó despacio los pocos metros que la separaban de la rosaeda, dejándose guiar por su embriagador perfume.

Había avanzado apenas unos pasos cuando otra fragancia, conocida también, inundó sus fosas nasales. Abrió los ojos en el mismo instante que la acariciante voz alcanzaba sus oídos.

—Empezaba a temer que esta noche no saldría a pasear entre las rosas, como tiene por costumbre.

Allí estaba, frente a ella, tan imponente como siempre. ¿A quién quería engañar?, el señor Pullman le gustaba, pero el hombre que tenía ante sí la desestabilizaba por completo con su sola presencia.

—Buenas noches, señor Talbot. —Se esforzó para sonar sosegada e indiferente—. Me sorprende encontrarlo en el jardín, lo hacía ocupado con su *amiga*, la señora Kent.

—En efecto, Lillian y yo somos viejos amigos, nos conocemos desde hace años.

—Deben serlo cuando se refiere a ella por su nombre de pila con tanta naturalidad.

Demasiado tarde se dio cuenta Bruce del desliz que acababa de cometer al mencionar a la viuda, aun así, no pudo evitar que el tono airado de la señorita Remington le resultara de lo más gracioso. ¿Estaría celosa?, se preguntó al tiempo que contenía la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios. No deseaba soliviantarla más de lo que ya estaba.

—¿Tiene especial interés en continuar hablando de la señora Kent? —le preguntó jocoso—, porque a quien yo estaba esperando era a usted —prosiguió al verla girar la cabeza hacia otro lado.

—No malgaste su tiempo, señor Talbot, no existe ningún motivo para que usted y yo nos encontremos a solas en este jardín. —El corazón le latía desaforado, aun así logró aparentar calma.

—Pues a mí se me ocurren unos cuantos. —Se acercó a ella y enredó el dedo índice en uno de los tirabuzones—. ¿Le han dicho alguna vez que tiene un cabello precioso? Nunca antes había visto a nadie con un cobrizo tan intenso como el suyo.

—Entonces es que no ha conocido a muchos irlandeses —respondió seca, pero sin moverse de donde estaba, no quería que él se apartara; estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor de su cuerpo.

—Eso debe ser. —Guardó silencio y, adelantándose otro paso, aspiró el perfume de la larga melena—. Anna, esta noche está usted arrebatadora —la tuteó, bajando el tono.

Al pulso acelerado se sumó el temblor de las piernas.

—Está exagerando, yo me veo como siempre.

Bruce sonrió por lo poco convincente que había sonado la afirmación.

—¿Insinúa que su apariencia es la misma hoy que la noche que nos conocimos? —casi ronroneó cerca de su oído.

—Soy la misma persona —aseveró, volviéndose para enfrentarlo.

—No he dicho lo contrario. —La miró a los ojos, quedando prendado durante unos instantes—.

Es usted como estas flores, sus adoradas rosas. Son hermosas, más cuando sus pétalos se abren mostrando su mejor aspecto, sin embargo, lo realmente embriagador, lo que nunca cambia, es su esencia. —Le acarició el mentón con los nudillos y el pulgar—. Así es usted —prosiguió con voz más grave—, una mujer cautivadora que esta noche se ha mostrado en todo su esplendor.

Anna, demasiado turbada para responder, permaneció inmóvil, mirándolo a los ojos y rezando para que aquel instante no acabase nunca. El corazón amenazaba con escapársele del pecho, respiraba como si hubiera llegado hasta allí a la carrera y se le estaba secando la boca, pero nada de eso importaba si podía alargar el maravilloso momento, pensó humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

El gesto, a buen seguro hecho sin intención, tuvo un efecto devastador sobre Bruce, que sin meditar lo que hacía, elevó la mano hacia la nuca cubierta de rizos y se acercó a ella, tanto, que sus alientos se confundieron.

Anna jadeó de emoción. Además de notar el calor de su cuerpo y percibir su fragancia, iba a probar el sabor de su boca, pensó cuando los labios masculinos se posaron sobre los suyos. Los de él eran suaves y sabían ligeramente a brandy. Volvió a jadear cuando su lengua la acarició, justo antes de deslizarse hacia el interior de su boca.

«Mi primer beso», pensó eufórica, reaccionando toda ella al íntimo contacto. Tembló cuando Bruce la estrechó contra su cuerpo y profundizó el beso. Acalorada, apoyó la mano sobre el amplio pecho y, dejándose guiar por su instinto, o quizá era el deseo quien la volvió audaz, le salió al encuentro.

Bruce recibió la tímida caricia con un quedo gruñido de satisfacción. Seguro ya de no asustarla, la saboreó con avidez, recorriendo cada rincón de su boca, buscando su lengua para enredarse con ella y abandonarse al placer que le provocaba su respuesta. Durante unos minutos, subyugado por la inexperta, pero enloquecedora reacción de la joven, se olvidó de dónde estaban y de lo que podía suceder si los descubrían.

Finalmente recuperó la sensatez y, despacio, interrumpió el beso. La contempló con la respiración alterada y las pupilas aún dilatadas por el ansia de continuar explorando su cálida y deliciosa boca.

Anna, aturullada por el remolino de emociones que se agitaba en su interior, abrió los ojos y enfrentó su mirada sin rastro de timidez.

—Eres la cosa más dulce que he tenido nunca entre mis brazos.

No respondió. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer o decir.

Bruce depositó un suave beso sobre sus labios para después estrecharla de nuevo contra su pecho.

—Desearía que este instante no terminase nunca —musitó con la voz entrecortada, acurrucándose entre los fuertes brazos que la rodeaban.

—No terminará si tú no quieres que lo haga —contestó también con un susurró.

—¿Qué quieres decir?

Bruce se disponía a responder cuando una risa femenina reverberó por entre los macizos de flores, demasiado cerca de donde ellos se encontraban. Ambos se tensaron. Anna, apurada, quiso dar un paso atrás para distanciarse, pero no logró deshacer el abrazo.

—Será mejor que regrese dentro antes de que alguien pueda verme. —Una nueva carcajada hizo vibrar el aire a su alrededor—. Por favor —suplicó con un hilo de voz—, no pueden encontrarnos de esta manera, sería un escándalo —apuntó cada vez más nerviosa.

Aunque a regañadientes, la dejó ir. Se alejó de él a toda prisa y sin titubeos; casi corría por el sendero que, serpenteando por entre los bancales de flores, conducía a la casa. Estaba a punto de perderla de vista cuando la vio mirar hacia atrás por encima del hombro. Le pareció que sonreía antes de desaparecer tras uno de los setos que delimitaban y daban forma a la vereda.

Bruce sonrió a su vez y, con pasos tranquilos, también se encaminó hacia la mansión.

Capítulo 7

Avanzó con calma, disfrutando del paseo, mientras rememoraba el momento compartido entre las rosas. Se excitó de nuevo al recordarla entre sus brazos, a merced de su boca. Se reprendió por su falta de control. Parecía un colegial enamorado, se dijo sacudiendo la cabeza al tiempo que una sonrisa curvaba hacia arriba sus labios. Apenas sabía nada de ella y, sin embargo, la curiosidad que sintiera al verla por primera vez se había transformado en auténtico interés en cuanto cruzaron un par de palabras. Le gustaba. Le gustaba mucho, reconoció para sí, notando un cosquilleo en la boca del estómago.

Hacía meses que su hermano mayor le instaba a buscar esposa y formar su propia familia. Tal vez, sin pretenderlo, había encontrado a la mujer perfecta con la que compartir el resto de su vida.

—¿Dónde estabas? —la abordó Beth a los pocos minutos de haber entrado en el salón—. Hace rato que mamá te busca —añadió al no recibir respuesta.

Anna se removió nerviosa. Si su tía llegara a sospechar siquiera lo que había estado haciendo, sufriría un ataque al corazón, pensó notando que el suyo se aceleraba de solo pensar en el señor Talbot y su beso.

—Hacía demasiado calor y salí a tomar el aire —se justificó, sin mirarla a los ojos; si lo hacía su prima sabría que no estaba siendo del todo sincera.

—Pues continúas teniendo las mejillas encendidas —apuntó, observándola con el ceño arrugado—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, aunque me vendría mal tomar un refresco.

—De acuerdo, pero, de todas formas, te noto rara —insistió la otra sin dejar de mirarla.

—No me ocurre nada, de verdad. Mira —señaló hacia uno de los laterales del salón, buscando cambiar de tema—, allí está tu madre.

Beth estiró el cuello y miró en la dirección indicada; no tardó en localizarla al otro lado de la pista de baile, conversando con otras dos mujeres.

—Será mejor que nos acerquemos —propuso al ver que su progenitora miraba a su alrededor tratando de encontrarlas.

Fue al acercarse cuando Anna descubrió que la señora Kent era una de las integrantes del grupo y a punto estuvo de torcer el gesto.

—Buenas noches —saludaron al unísono las primas.

—Por fin aparecéis —las recibió Clarissa visiblemente aliviada—, hace un buen rato que no os...

—Hacía demasiado calor y salí a tomar el aire —aclaró Anna, empleando la misma frase que un minuto antes le había soltado a su prima.

—Aún pareces algo sofocada —mencionó la señora Grant con tono preocupado.

—No se inquiete, tía, asomarme unos minutos a la terraza me hizo bien —la tranquilizó, señalando con la mirada la enorme puerta acristalada que daba acceso al balcón y que, en ese instante, el señor Talbot cruzaba.

Un mudo jadeo escapó de su garganta al verlo y notó que de nuevo le ardían las mejillas; también se le aceleró el pulso y se le encogió es estómago. ¡Qué apuesto era!

La viuda, pendiente de la conversación, advirtió la reacción de joven y siguió su mirada. «Eres un chico muy malo, Bruce Talbot», pensó riendo para sus adentros.

—No debería salir sin compañía, querida —le aconsejó con una maliciosa sonrisa en los labios—. A la gente le encantan los escándalos y algún mal pensamiento podría suponer que regresa de un tórrido encuentro en el jardín —añadió con fingida seriedad al tiempo que miraba con intención a la tía de la muchacha.

—La señora Kent tiene razón —sentenció angustiada Clarissa—, y yo te lo he advertido infinidad de veces, pero insistes en desatender mis consejos.

Anna fulminó a la viuda con la mirada, segura de que solo buscaba malmeter.

—No se inquiete, tía, mi reputación está a salvo. Quizá porque, a diferencia de *otras* personas, no doy motivos para que hablen de mí —contraatacó, dispuesta a no dejarse avasallar.

La señora Grant se removió incómoda por el descaro de su sobrina. Lillian Kent rio con ganas. La muchacha mostraba las uñas, pero ella también sabía hacerlo, y mucho mejor.

—Cómo se nota que es usted joven e inexperta, o sabría que un simple, y en apariencia, inocente comentario bastaría para arruinar su reputación, sea cierto o no. —La retó con la mirada—. Pero estoy segura de que no es tan... *ingenua* como para dejarse embaucar con tontos flirteos, ¿verdad, querida? —Se giró sin darle opción a responder—. Si me disculpan, le había prometido esta pieza a mi viejo amigo, el señor Talbot, y por lo que veo me está buscando.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza y caminó hacia Bruce, que miraba en aquella dirección, pero no a ella.

—Deberías hacerle caso —le recomendó su tía cuando la otra se hubo alejado unos pasos—, sabe de lo que habla —añadió, bajando el tono para que nadie más pudiera oírla.

Anna, irritada por el desaire y pendiente de como la viuda se colgaba del brazo del señor

Talbot, tampoco la escuchó.

Verlos reír mientras bailaban no apaciguó el malestar que aquella mujer le había generado con sus comentarios. ¿Sería cierto que el señor Talbot tan solo flirteaba con ella?

La repentina aparición del señor Pullman, reclamándola para bailar, puso fin a sus cavilaciones y le impidió continuar observándolos. Sin posibilidad de negarse, se dejó guiar por la pista. Tras varios compases y unos cuantos giros, ambas parejas estuvieron a punto de cruzarse, momento que Lillian Kent aprovechó para dedicarle una mirada de triunfo que Anna no entendió hasta un instante después, cuando los vio abandonar el salón juntos y aún agarrados.

Dolida, y sabiéndose la ingenua que la viuda la consideraba, apretó los labios e inspiró con fuerza, reteniendo el aire en los pulmones hasta estar segura de poder hablar sin que su voz sonara rota.

—Me encuentro algo mareada —mintió—. ¿Le importaría acompañarme hasta una de esas sillas, señor Pullman?

—Por supuesto —respondió solícito, guiándola sin dilación hasta el asiento—. ¿Quiere que le traiga un refresco?

—Sí, por favor.

Quedarse sola no alivió el doloroso pellizco que notaba en el corazón ni aflojó el nudo que le cerraba la garganta. Se sentía engañada, traicionada incluso, aunque sabía que nada podía reclamarle al muy sinvergüenza. Le había robado un beso, sí, pero ella no solo no lo había rechazado, sino que participó gustosa de él. Era la única responsable, debía asumir su error y dejarlo correr. No permitiría que aquel tropiezo le estropeará el resto de la velada, decidió en el mismo instante que el señor Pullman regresaba a su lado.

Philip era tan atento. Estaba segura de que sería un buen marido.

—Aquí tiene. —Le tendió la tacita de ponche.

—Gracias, es usted muy amable. —Se obligó a sonreírle.

—Anna... —la tuteó por primera vez, sentándose a su lado—, sabe que me gusta y que mis intenciones son serias, por eso he pensado que tal vez, si le parece bien, podría hablar con sus tíos y pedirles...

—Por favor..., Philip —lo tuteó también para suavizar la interrupción—, no adelantemos acontecimientos. —La miró desilusionado—. Es usted un joven encantador y muy divertido, pero creo que aún es pronto para hablar de compromiso. Démonos un tiempo —le suplicó también con la mirada.

—Está bien —cedió—, no puedo negarle nada si me lo pide de esta manera.

Anna le dedicó una sonrisa de sincero agradecimiento, que se evaporó en el instante que sus ojos volvieron a posarse sobre la puerta por la que el señor Talbot y la señora Kent se habían marchado minutos antes. Tomó un sorbo de ponche para aflojar el nudo que de nuevo le oprimía la garganta.

Esa noche apenas durmió. Una y otra vez recordaba su encuentro con Bruce en el jardín de

los Ruderford, para después recordar que había sido otra quien se lo había llevado de la fiesta. Entonces volvía a sentirse una tonta, por haberle permitido divertirse a su costa. Quizá, después de todo, lo más sensato —aunque ella nunca lo hubiera sido— fuera aceptar la proposición del señor Pullman. Comprometerse con Philip mantendría su mente ocupada y desterraría a Talbot de su cabeza.

Sentado ante la chimenea de su despacho, con una copa de brandy en la mano, Bruce repasaba lo ocurrido durante la velada y cómo Lillian había desbaratado sus planes de bailar con Anna. Primero, arrastrándolo ella misma hacia el centro de la pista entre bromas y chascarrillos que finalmente lo habían hecho reír. Después, fingiéndose indispuesta mientras bailaban, había conseguido sacarlo de la fiesta para que la escoltara hasta el carruaje, donde había continuado con la magistral actuación, simulando un desmayo. Preocupado por su estado de salud, había decidido acompañarla.

Fue al llegar a su destino cuando la viuda, del todo *recuperada*, no había podido contener por más tiempo la risa y, entre carcajadas, había confesado que se trataba de una broma.

—No te enfades, querido —le había pedido melosa—, además, deberías darme las gracias por haberte rescatado de esa aburrida fiesta y sus *insulsas* invitadas.

La habría estrangulado con sus propias manos, allí mismo, en el carruaje.

Había pecado de incauto, dejándose engañar por una interpretación destinada —no tenía la menor duda— a alejarlo de la reunión y, por ende, de la señorita Remington. Demasiado tarde se había dado cuenta.

Cuando regresó a la fiesta, Anna y su familia hacía rato que se habían marchado y la suya se disponía a hacerlo. Para colmo, de camino a casa, además de soportar un sermón por su falta de discreción al abandonar el baile con la señora Kent colgada de su brazo, Christopher se había encargado de contarle lo ocurrido durante su ausencia. Por él se había enterado de que la señorita Remington había terminado la velada en compañía del señor Pullman.

Con la mirada perdida en las llamas de la chimenea, decidió que había llegado el momento de hacer algo. La señorita Remington le importaba, de lo contrario no estaría allí sentado pensando en ella, preocupado por la conclusión a la que podría haber llegado tras verlo irse con Lillian y, sobre todo, inquieto por las pretensiones de Pullman.

Capítulo 8

Anna ya se encontraba en el comedor, desayunando, cuando su tía y Elizabeth aparecieron. Su tío hacía rato que se había marchado.

—Has madrugado mucho —apuntó Clarissa, observando con detenimiento a su sobrina—. Continúas teniendo mala cara, ¿no estarás enferma? —le preguntó empezando a ponerse nerviosa.

—Quédese tranquila, tía, no estoy enferma, pero no he dormido bien.

—Así que no has podido dormir, ¿eh? —intervino su prima—. Y el motivo del desvelo ¿fue...? —Elevó las cejas a la espera de una respuesta.

—El señor Pullman desea cortejarme.

—¡Eso es estupendo! —festejó Beth, dando palmas—. Es un joven muy agradable, además de bien parecido —apuntó sonriendo con picardía.

Clarissa permaneció en silencio, sin apartar los ojos de su sobrina.

—Sí, es muy apuesto —concedió con menos entusiasmo del que cabría esperar.

—¿Y qué le respondiste? —quiso saber la más joven.

—Le pedí un poco de tiempo. No podía tomar una decisión en aquel momento.

—¿Y has podido tomarla durante la noche? —la interrogó su tía con una inusitada calma; por norma, hablar de compromisos y enlaces la alteraba muchísimo.

La aparición del mayordomo, portando un enorme ramo de rosas amarillas, le impidió responder, incluso la hizo olvidarse de la pregunta.

Beth, fascinada, también contemplaba las flores, mientras su madre continuaba pendiente de Anna.

—Las acaban de traer —aclaró el empleado—, son para la señorita Remington —añadió, acercándose para entregárselas.

—Gracias, señor Willson. —Tomó entre sus brazos el buqué.

—¿Quién te las envía? —Beth señaló impaciente el pequeño sobre que colgaba de uno de los tallos.

Anna no necesitó leer la nota para saberlo, pues a excepción de su familia, solo él sabía de su predilección por las rosas amarillas. Aun así, posó el ramo sobre la mesa y se hizo con la esquila.

La letra, de trazos firmes y decididos, era claramente masculina.

Confío en que le gusten las flores. Me recuerdan tanto a usted...

Atentamente, su más ferviente admirador.

B.T.

¿Por qué jugaba con ella de aquella manera? ¿Acaso pretendía volverla loca?, se preguntó, acariciando, con las yemas de los dedos, los sedosos pétalos. Le gustaría tanto poder creerlo...

—¿De quién son? —insistió, Beth—. Por favor, Anna, dílo de una buena vez, que nos tienes en ascuas —pidió agitada.

—Son... —dudó—, son del señor Talbot —dijo al fin con la voz algo tomada.

—¿Del señor Talbot?! —exclamó Beth elevando el tono a causa de la sorpresa—. ¿Bruce Talbot, el hermano de mi Christopher?

—¡Beth! —reaccionó Clarissa al escuchar a su hija—. ¿Qué maneras de hablar son esas? Que yo sepa el joven señor Talbot no es de tu propiedad.

—Lo siento, madre —se disculpó—, pero lo cierto, es que Christo... el señor Talbot y yo estamos enamorados y...

—Suficiente —la interrumpió su madre—, de ti y tu *relación* con ese joven ya hablaremos, ahora es otro el tema que nos ocupa —sentenció antes de volver a posar la mirada sobre Anna—. ¿Existe algún motivo especial para que el señor Talbot te haya envidado rosas, querida?

—Según parece, él también está... interesado en mí.

—¿Y qué tienes que decir al respecto?

—Yo... —Inspiró hasta llenar los pulmones de aire y lo retuvo un segundo antes de expulsarlo—. Creo que el señor Talbot no es el hombre que me conviene. —Hizo otra pausa para tragar saliva y deshacer el nudo que comenzaba a formársele en la garganta—. Considero que el señor Pullman será un esposo más adecuado.

—Comprendo —fue cuanto dijo Clarissa, convencida de que algo había tenido que ocurrir para que su sobrina estuviera pensando hacer lo que consideraba conveniente en lugar de lo que, estaba segura, deseaba. Tendría que averiguarlo.

—Disculpe, señor, una dama solicita verlo —informó el mayordomo, acercándose para dejar sobre el escritorio la bandeja de plata que contenía una tarjeta de visita.

—¿Qué extraño! —musitó Bruce al leer el nombre que figuraba en el papel—. Hazla pasar.

Tras una leve inclinación de cabeza, el mayordomo abandonó la estancia para regresar un instante después, acompañado por la tía de Anna, la señora Grant.

Se puso en pie para recibirla.

—Buenas tardes, señor Talbot.

—Señora Grant —le devolvió el saludo al tiempo que, con un gesto de la mano, la invitaba a tomar asiento.

—Confío en que sabrá disculpar que me presente de esta manera en su casa, pero hay un asunto del que me gustaría hablar con usted —soltó sin rodeos una vez ocupó uno de los sillones.

—Usted dirá —la animó a continuar, con verdadero interés, sentándose de nuevo.

—Se trata de mi sobrina Anna.

El corazón de Bruce se estrelló con fuerza contra sus costillas.

—¿Le ha sucedido algo? ¿Se encuentra bien? —preguntó tenso, con las manos sobre la mesa, preparado para incorporarse.

—Puede estar tranquilo, la muchacha posee una salud de hierro. —Sonrió ligeramente—. El motivo de mi visita es otro muy diferente. —Bruce, intrigado, relajó la postura y enarcó la ceja derecha—. Me gustaría saber qué intenciones tiene para con mi sobrina. No sé lo que ha pasado entre ustedes y creo que prefiero no saberlo, pero Anna está actuando de una manera que no concuerda con su forma de ser y eso me preocupa. Siempre ha sido una joven de ideas claras, a la que nunca le ha dado miedo tomar decisiones o decir lo que piensa, y sin embargo, ahora la veo insegura y sin saber qué hacer con respecto a su futuro. —Le sostuvo la mirada unos segundos antes de continuar—. Me temo que al final tomará la decisión equivocada, y más pronto que tarde se arrepentirá de ello.

—Si intenta decirme que me aleje de su sobrina, no es necesario que...

Clarissa levantó la mano para interrumpirlo.

—No es lo que pretendo, señor Talbot. Más bien todo lo contrario. Si en verdad sus intenciones para con Anna son serias, le insto a que se decida a actuar, porque la muchacha está a punto de escoger a otro.

—Si elige a otro será porque le interesa más. —Bruce estaba poniéndose de muy mal humor con aquella conversación.

—Eso es lo que intento explicarle. Conozco de sobra a mi sobrina y sé que lo prefiere a usted, pero por alguna razón que desconozco tiene dudas y eso inclina la balanza a favor del... otro caballero.

Bruce intuyó que hablaba de Pullman, aunque no fue la imagen de este la que apareció en su cabeza, sino la de Lillian. Estaba seguro de que ella era el motivo por el que Anna recelaba de él.

—¿Y qué se supone, según usted, que debo hacer? —Se levantó y paseó por la estancia con el ceño fruncido—. Si dice que ya se ha decidido a aceptar al otro, es poco lo que puedo hacer.

—¡Por el amor de Dios, no sea ingenuo! Debería saber que en estos temas la única palabra que cuenta es la que se dice ante el altar. —Durante un breve instante, Bruce pensó que la mujer le guiñaría un ojo, pero en lugar de eso se puso en pie y caminó hacia la puerta—. De todas formas —dijo, volviéndose hacia él—, yo solo pretendía advertirle, a usted le toca actuar. Pero tenga en cuenta que, si no se apresura, podría perderla.

—Es su tutora, si considera que Anna va a cometer un error, ¿por qué no toma usted misma la

decisión y le elige esposo?

—Le prometí a mi hermana velar por la felicidad de su hija, permitiéndole elegir al hombre con el que deseara pasar el resto de su vida. No debería inmiscuirme ni tendría que estar aquí, hablando de esto con usted, señor Talbot, pero conozco a mi sobrina y sé que no será dichosa con su actual elección.

—Pero usted lo ha dicho, es ella quien decide y ya lo ha hecho.

—No ha elegido con el corazón. Si en verdad le importa, hágala cambiar de opinión. Si no es así, entonces, desaparezca de su vida para que intente ser feliz con otro —sentenció antes de dar media vuelta y salir del despacho sin mirar atrás.

Bruce la observó en silencio y, una vez solo, regresó junto al escritorio y tomó asiento. Tenía que reconocer que la visita de la señora Grant había sido providencial. Sin la información que acababa de proporcionarle, sus intentos para conquistar a Anna habrían sido inútiles, pues llegarían demasiado tarde.

Tenía que hacer algo y lo tenía que hacer de inmediato.

La señorita Remington y el señor Pullman paseaban por el jardín de los Grant. Caminaban el uno junto a la otra, despacio y en silencio. Pero Anna podía percibir la agitación de su acompañante y comenzaba a contagiarse de ella, aunque el origen de su nerviosismo nada tuviera que ver con el de Philip. Seguro que a él no le temblaban las rodillas como le estaba ocurriendo a ella, pensó dirigiendo sus pasos hacia el banco de piedra situado junto al parterre de los lirios.

—¿Le molestaría descansar unos minutos antes de retomar el paseo? —preguntó por educación.

Él, galante, la invitó a tomar asiento con un gesto y después se sentó a su lado. Demasiado cerca, valoró Anna, incómoda.

—No se hace una idea de lo feliz que me hace estar aquí con usted —sentenció Pullman, tomando su mano y llevándosela a los labios—. Significa tanto para mí —añadió tras haberla besado.

—No le conceda más importancia de la que tiene, se trata de un simple paseo —contestó, intentando rescatar su mano sin conseguirlo—. Ya sabe que necesito tiempo para tomar una decisión y poder darle una respuesta.

—Lo sé y, aun así, el hecho de que quiera verme me da esperanzas —dijo, sin intención de soltarla—. No pretendo presionarla, pero me haría el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra si llegara a aceptarme.

—Philip, por favor... —No logró decir más, los labios del señor Pullman se pegaban a los suyos al tiempo que le introducía la lengua en la boca de forma un tanto brusca.

Horroriza, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, Anna, como pudo, se apartó de él y se puso en pie.

—¿Qué hace? —le recriminó enfadada.

—Llevo días deseando besarla y, al tenerla tan cerca, no he podido resistir la tentación —respondió, agachando la cabeza arrepentido—. Lamento haberla sobresaltado, debería haberla advertido de mis intenciones en lugar de abalanzarme sobre usted como he hecho.

«¡Ja!», se carcajeó Anna para sus adentros, sin rastro de humor. Si aquello había sido un beso, ella era la reina de los mares, pensó abatida al compararlo con el que Bruce Talbot le había dado junto a la rosaleta.

—Será mejor que regresemos a la casa.

—No está enfadada, ¿verdad?

El tono lastimero y el gesto compungido de Pullman le provocaron un rechazo inmediato. Parecía un niño al que acaban de regañar. ¿En serio se estaba planteando pasar el resto de su vida junto a un hombre que se comportaba como un muchacho?

—No, Philip, no estoy enfadada, pero ahora será mejor que se vaya.

Capítulo 9

Clarissa, acomodada ante la chimenea de la sala de estar, revisaba con detenimiento la correspondencia, mientras Beth y Anna, sentadas también frente al fuego, conversaban entre ellas.

—Han llegado dos invitaciones para este viernes —les dijo sin levantar la vista de las esquelas que tenía en sus manos—. Una para la velada musical en casa de los Willson y la otra para el baile de los Talbot —concluyó, observando de soslayo la reacción de las muchachas.

Beth parecía estar conteniendo la respiración y Anna la miraba con fijeza, aunque en su rostro no se adivinaba emoción alguna.

—Es evidente que solo podremos aceptar una de ellas y, sinceramente, las reuniones de los Willson son un tanto... aburridas —las calificó bajando el tono—, por lo que, si estáis de acuerdo, creo que deberíamos asistir a la fiesta que organizarán los Talbot.

Beth aplaudió entusiasmada; Anna, sin embargo, continuó en silencio y con aire taciturno.

—Me pondré el vestido de lazos azules; es el más bonito de cuantos tengo y el que mejor me sienta —anunció Beth, con los ojos brillando de emoción.

—Buena elección, tesoro. Estoy segura de que ese caballero que te pretende caerá, definitivamente, rendido a tus pies nada más verte aparecer. —El comentario de la señora Grant logró sacarle los colores a su hija—. ¿Por qué motivo te sonrojas? De sobra sé que estáis enamorados y no tengo nada que objetar al respecto. Es un joven atento y muy agradable, y además, dispone de una renta anual en absoluto desdeñable que...

—¡Madre! —protestó Beth por lo materialista que habían sonado las palabras de su progenitora.

—No te escandalices; la solvencia económica es un detalle a tener muy en cuenta a la hora de escoger marido —se defendió, encogiéndose de hombros. Después, volvió a fijar su atención en Anna, que continuaba ensimismada—. Y tú, querida, ¿tienes alguno en mente?

—Yo..., no... —Balbuceó aturdida. Apenas había prestado atención a la charla entre madre e hija, pero algo había captado sobre escoger marido.

—Me refiero al vestido que te pondrás para ir a la fiesta —apuntó Clarissa, convencida de que su sobrina había malinterpretado la pregunta.

—¡Ah! No, no lo he pensado aún —contestó aliviada, pero con escaso entusiasmo. Si la velada musical de los Willson prometía ser tediosa, la de los Talbot se le antojaba, cuando menos, deprimente. Ignoraba cómo iba a fingir indiferencia cuando tuviera ante ella a Bruce Talbot o lo viera junto a la señora Kent.

—Deberías ponerte el que tiene ese ribete tan bonito en... no —se interrumpió su tía de repente, pensativa—, acabo de recordar uno que te sentará de maravilla —sentenció, poniéndose en pie para abandonar la salita sin dar más explicaciones.

Anna le dedicó una mirada interrogante a Beth. Esta, con la misma cara de sorpresa que ella, solo acertó a alzarse de hombros.

Clarissa reapareció un rato después con un voluminoso paquete sobre los brazos. Lo colocó con cuidado sobre el respaldo de uno de los sillones y procedió a retirar la tela que envolvía el bulto bajo la atenta mirada de las muchachas, que habían dejado la butaca y la observaban intrigadas.

—Ahí lo tienes —señaló, risueña, el precioso vestido de tafetán verde esmeralda, de escote cuadrado y amplia falda, rematada con pequeños y centelleantes cristales, que lo convertían en una creación digna de una princesa.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Anna, deslumbrada por la belleza de la prenda—. No es de los que le encargué a la modista.

—Pertenece a tu madre —respondió con calidez—. Lo llevaba el día que conoció a tu padre —añadió con la voz rota por la emoción. Recordar aquel instante, tan lejano ya, la hizo darse cuenta de lo mucho que extrañaba a su hermana.

Anna estiró el brazo y rozó apenas la tela con la yema de los dedos.

—Es... precioso —musitó conmovida.

—Vas a estar radiante —manifestó Clarissa con los ojos húmedos.

—No sé si debería...

—Por supuesto que sí. Además, estoy segura de que a tu madre le habría encantado verte con él —declaró, conteniéndose para no llorar.

—Gracias, tía —dijo Anna, abrazando con fuerza a la emocionada mujer.

El carruaje se aproximaba a la mansión de los Talbot, un majestuoso edificio rodeado por un hermoso y cuidado jardín. Anna se removió inquieta sobre el asiento. Temía el momento de encontrarse con Bruce. ¿Qué hacer cuando lo tuviera frente a ella? Porque tenía la certeza de que en algún momento, en el transcurso de la velada, tendría que enfrentarlo.

En la entrada solo se encontraban el mayor de los hermanos y su esposa. Una pareja risueña que los recibió con amabilidad, instándolos a reunirse con el resto de invitados en el gran salón, en el que los músicos ya habían comenzado a tocar.

Beth y Anna, cada una por diferentes motivos, cruzaron el amplio *hall* sin reparar en los

cuadros que colgaban de las paredes, los jarrones o las pequeñas esculturas que había a su alrededor y que conformaban la elegante decoración del hogar de los anfitriones.

Sin embargo, en cuanto alcanzaron la entrada del salón, Anna no pudo pasar por alto los arreglos florales, realizados todos ellos con rosas amarillas, con los que habían adornado la enorme estancia. Había docenas de ellas. El efecto, a la luz de las lámparas, era espectacular.

No era un mal comienzo para una noche que, confiaba, fuera especial para su sobrina, pensó Clarissa, sonriendo satisfecha. Necesitó posar la mano sobre la espalda de la joven para que continuara caminando, en lugar de quedarse allí plantada, en mitad de la puerta, contemplando la sala con la boca abierta a causa de la sorpresa.

Anna no se había recuperado aún de la impresión cuando, sin necesidad de volverse, supo que él estaba a su lado. Su aroma, que comenzaba a ocasionar estragos en sus sentidos, lo delataba.

—Buenas noches, señor Grant, señora Grant —los saludó Bruce con una leve inclinación de cabeza—. Señoritas, permítanme decirles que esta noche están especialmente hermosas. — Aunque el cumplido iba dirigido a las dos muchachas, solo miró a Anna.

—Buenas noches, señor Talbot —correspondió el señor Grant, intercambiando con el joven varias frases de cortesía—. Si nos disculpa, acabo de ver a unos amigos a los que deseo saludar.

—Por supuesto —sonrió comprensivo Bruce—. Confío en que se diviertan —añadió a modo de despedida—. Tenemos que hablar —musitó después, adelantándose un paso para interceptar a Anna.

—No es el momento adecuado —contestó también en voz baja, mirándolo apenas.

—Luego, entonces —repuso, haciéndose a un lado para que pudiera seguir a su familia.

El espacio reservado para el baile estaba ocupado al completo por las parejas que giraban al son de la música. Beth lo hacía entre los brazos de un simpático caballero de mediana edad. Anna, sin embargo, se acercó al grupo de mujeres al que su tía se había unido, aunque no participaba de la conversación ni tan siquiera prestaba atención a lo que decían. Quizá por ello fue capaz de percibir una vez más la conocida fragancia que tanto la alteraba. Supo que estaba de nuevo a su lado antes incluso de escuchar su rica y cautivadora voz.

—¿Me concede la próxima pieza, señorita Remington? —le preguntó nada más se situó frente a ella.

—Lo lamento, pero ya la tengo comprometida —respondió con una mezcla de alivio y pesar encogiéndole el estómago.

—Sospecho que el señor Cross está demasiado ocupado como para recordar que le habías reservado el siguiente baile, querida —intervino Clarissa, señalando el otro extremo del salón con la mirada.

Allí se encontraba el hombre, enzarzado en una amigable discusión con otros tres caballeros.

—Eso parece —corroboró Bruce, dedicándole a la mujer una breve mirada de agradecimiento—. Señorita Remington. —Le ofreció su brazo.

Las integrantes del pequeño corrillo le sonreían, todas menos Anna. Esta, reticente, pero sin posibilidad de rechazar el ofrecimiento, posó la mano enguantada sobre el antebrazo masculino y se dejó conducir hacia el centro del salón.

—Llevo toda la noche ansiando este momento —le susurró cuando al fin la tuvo entre sus brazos. Mantenerse a distancia, viéndola bailar con otros, le había supuesto, además de un esfuerzo, una tortura—. Eres la mujer más hermosa que...

—No es necesario que me adule —lo interrumpió con aspereza, la vista al frente y la espalda rígida.

Si enfrentaba su mirada sería incapaz de aparentar indiferencia. Si atendía a sus palabras, se dejaría vencer por los sentimientos que el señor Talbot despertaba en su pecho, a pesar de su decepcionante comportamiento.

—No lo hago, he sido completamente sincero —le aseguró, acariciándole el rostro con la mirada, deseando que alzara la vista para poder perderse en sus verdes ojos; pero no se lo estaba poniendo fácil—. Te debo una explicación por lo ocurrido la otra noche.

La notó tensarse más de lo que ya estaba.

—¿Planea explicarme el motivo por el que me besó o el hecho de haberse arrojado en brazos de otra después? —espetó, enfrentando, ahora sí, su mirada.

Sonó tan enfadada, había tanto resquemor en sus pupilas, que Bruce no descartaba la posibilidad de que diera rienda suelta a su enojo allí mismo, delante de todo el mundo. La veía muy capaz. Lo mejor sería buscar un lugar menos concurrido y discreto, en el que poder hablar sin que los interrumpieran.

Capítulo 10

—¿Qué hace? —protestó Anna cuando la hizo girar en sentido contrario a como lo hacían el resto de parejas.

Comprendió sus intenciones en cuanto divisó la sencilla puerta situada en la esquina más apartada del salón; intentó zafarse antes de llegar a ella. Fue incapaz, el señor Talbot la sujetaba con firmeza.

—Solo deseo aclarar las cosas entre nosotros, por favor —le pidió con tono grave y acariciante antes de arrastrarla tras él hacia el desierto pasillo.

—No será necesario, está todo muy claro —espetó airada, y molesta consigo misma por el efecto que aquella voz tenía sobre sus piernas. Un susurró y se transformaban en temblorosa gelatina.

Bruce enarcó una ceja al escucharla, pero guardó silencio y, sin soltarla, avanzó por el corredor hasta alcanzar el despacho de su hermano Richard. Allí no les molestarían. Aun así, antes de entrar, se aseguró de que el lugar estuviera vacío. Una vez dentro, hizo girar la llave en la cerradura y después, con los brazos cruzados a la altura del pecho, se volvió para enfrentar a la enojada señorita Remington.

—Adelante, te escucho —la invitó a hablar—. Expón tu versión —la animó, seguro de que esta nada tendría que ver con la realidad, de lo contrario no estaría enfadada.

Anna elevó la barbilla y le sostuvo la mirada, desafiante.

—No hay que ser un genio para darse cuenta de que te aburrías y yo fui la necia con la que elegiste entretenerte hasta encontrar un pasatiempo mejor —espetó disfrazando de rabia el dolor que le causaba saberse una mera distracción.

—No te besé porque estuviera aburrido, y si te refieres a Lillian... —Anna resopló desdeñosa al escuchar el nombre de la otra mujer—. No te utilicé —insistió, dejando caer los brazos y adelantándose un par de pasos para acortar la distancia entre ellos—, y Lillian no es más que una vieja amiga. Si abandoné la fiesta con ella fue porque me hizo creer que se encontraba indispuesta.

Anna retrocedió, recuperando parte del espacio que los separaba.

—¿Qué considerado! —comentó sarcástica, señal de que no le creía.

—La supuse enferma y me preocupé por ella, eso fue todo.

—Y cuando descubriste que solo era una farsa...

—Deseé retorcerle el cuello con mis propias manos —soltó con la mandíbula apretada, al recordar el episodio y lo mucho que Lillian se había divertido a su costa—. Regresé a la fiesta para verte y explicarte el motivo de mi marcha, pero ya te habías ido.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Por qué simuló encontrarse mal?

—Sabía que de otra manera no lograría hacerme ir con ella. —Anna le dedicó una inquisitiva mirada que pedía más claridad en la explicación—. Lillian es una mujer inteligente y perspicaz, pero también es celosa y...

—¿Qué importancia puede tener el que sea una mujer celosa? —reflexionó en voz alta, iniciando un lento y ensimismado paseo, buscando entender aquel sinsentido—. No tenía motivos para...

—Tú eres el motivo —respondió Bruce, avanzando despacio hacia ella sobre la mullida alfombra.

—¿Qué absurdo! —Se giró para enfrentarlo—. ¿Por qué iba a sentir...? —No pudo continuar, los labios del señor Talbot sellaron los suyos con un beso que la dejó no solo sin habla, también le robó el aliento y le aceleró el pulso de tal manera que lo sentía palpitar con fuerza en diferentes puntos de su cuerpo.

Bruce no supo si el gemido que reverberó hasta su boca era de protesta o de placer; solo cuando la lengua de Anna le salió al encuentro, respondiendo a sus caricias con un ansia similar a la que experimentaba él, solventó sus dudas. Durante unos minutos que hubiera deseado infinitos, se permitió saborearla y disfrutar de su respuesta.

Cuando al fin abandonó la tibieza de su boca la contempló extasiado. Estaba realmente hermosa con los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la respiración tan agitada.

—Eso me ha gustado —declaró jadeante, sin molestarse en abrir los ojos.

La respuesta de Bruce no se hizo esperar y un segundo después la rodeaba entre sus brazos y volvía a perderse en su interior.

Anna tendió los brazos alrededor de su cuello, rindiéndose a un beso mucho más urgente y voraz que el primero. Ronroneó de placer ante el contacto de las manos que, ávidas, recorrían su espalda y la estrechaba con fuerza, como si buscaran fundirlos y formar un solo cuerpo. Un nuevo gorjeo resonó en su boca al sentir la presión de la palma que, extendida sobre sus nalgas, la pegaba por completo al cuerpo del hombre que le había robado el corazón.

Un sonido gutural, similar al gruñido de una bestia herida, trepó por la garganta de Bruce al apretarla contra la dureza de su entrepierna. Estaba tan excitado, la deseaba tanto, que sería capaz de poseerla allí mismo, en el despacho de su hermano mayor.

—Anna —susurró contra sus labios—, eres la mujer más apetecible del mundo.

—Bruce, yo...

La silenció con otro beso y la hizo retroceder hasta alcanzar al escritorio. Sin apartarse de ella más de lo necesario, la sentó sobre este. Mientras uno de sus brazos la mantenía pegada a su torso, la otra mano se deslizaba sobre la falda para alcanzar el vuelo del vestido e introducirse bajo él.

Al sentir el calor de aquella mano sobre su pierna, un estremecimiento de placer le recorrió la espalda, erizándole la piel. Gimió en señal de protesta ante el abandono de su boca, pero echó hacia atrás la cabeza en cuanto los labios de Bruce le rozaron el mentón y después se posaron sobre su cuello. Beso a beso, se fue abriendo camino sobre su piel hasta alcanzar el nacimiento de los senos que asomaban apenas por encima del elegante escote.

—¡Oh! Bruce... —susurró su nombre con voz entrecortada, desbordada por las sensaciones que su boca y sus dedos le provocaban con sus atrevidas caricias.

Que la manilla de la puerta se moviera varias veces sirvió para que Bruce recuperara la cordura; no quería eso, no de esa manera. El día que la hiciera suya quería disponer de todo el tiempo del mundo para disfrutar juntos de cada caricia y cada beso.

Apoyó la frente contra la de Anna e inspiró hasta llenar los pulmones, retuvo el aire durante unos segundos y los expulsó despacio, buscando aplacar su arrebatada libido.

—Deberíamos regresar a la fiesta o alguien pondrá precio a mi cabeza —bromeó a medias al tiempo que la ayudaba a bajar de la mesa y le acomodaba el vestido.

—Será lo mejor —coincidió, evitando mirarlo a los ojos. De repente se sentía bastante avergonzada por la forma en que se había abandonado entre sus brazos y, sobre todo, temía que de nuevo saliera corriendo en pos de otra mujer a la menor oportunidad.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Bruce, tomándole el rostro entre las manos.

—Sí —titubeó, esquiva.

—Anna, mírame. —Aunque reticente, cedió y enfrentó sus ojos; fue al ver el brillo que los iluminaba, la pasión que aún ardía en ellos, cuando sus labios se curvaron poco a poco hacia arriba—. Así me gusta. —Sonrió a su vez—. Pero modera el gesto o alguien podría adivinar lo bien que lo estabas pasando —le recomendó con tono jocoso y una sonrisa de medio lado.

El comentario espoleó el genio de Anna.

—Eres un engreído y... —De nuevo la silenció con un beso.

—Vuelves a ser tú. —Le guiñó un ojo y la tomó de la mano—. ¿Nos vamos?

Aunque con el ceño aún algo fruncido, Anna asintió.

Se colaron en el salón por la misma puerta por la que habían salido; lo hicieron poniendo especial cuidado en que no los vieran entrar. Nadie se había percatado de su breve escapada, ni siquiera parecían echarlos en falta.

—¿Me concede este baile, señorita Remington? —le preguntó con teatral formalidad.

—Será un auténtico placer, señor Talbot —respondió con exagerada solemnidad, dejándose llevar por el buen humor.

Riendo ambos, se sumaron al resto de parejas que danzaban al ritmo de la música.

—Me gusta cómo me besas —le susurró cuando apenas habían dado los primeros pasos.

—Y a mí me gusta besarte, preciosa —respondió con las pupilas dilatadas aún por el deseo—. Lo que me recuerda —prosiguió, aligerando el tono, pero sin apartar los ojos de los de ella—, que hemos dejado a medias la conversación.

—¿Qué más debíamos aclarar? —inquirió con cierta suspicacia.

—Pequeños detalles —dijo con una indolencia nada convincente—, tales como si te quieres casar conmigo, la fecha de la bo...

—¿Me estás proponiendo matrimonio?!

—No sé cómo tomarme tu incredulidad. —Sonrió nervioso, sondeando su mirada en busca de una respuesta.

Anna, conmocionada por lo inesperado e irregular de la petición, no se veía capaz de articular ni una sola palabra. En lo único que podía pensar era en lo inmensamente feliz que se sentía en ese momento y en lo mucho que le apetecía volver a besarlo. Sin detenerse a meditar, le pasó los brazos alrededor del cuello y, poniéndose de puntillas, pegó sus labios a los de Bruce.

Las exclamaciones de asombro y espanto, los comentarios recriminatorios y alguna que otra risita, no se hicieron esperar. Todos los presentes en el salón los miraban.

—Supongo que eso ha sido un sí —dijo Bruce, soltando después una carcajada—. Por este tipo de reacciones es que eres única y, por eso mismo, me he enamorado locamente de ti.

Ninguno de los Talbot daba crédito a la escena que acababan de presenciar, solo Christopher sonreía de oreja a oreja; aquello le serviría para mofarse de su hermano durante una buena temporada.

Clarissa Grant, aunque con mayor discreción, también sonreía. «He cumplido mi promesa», suspiró, alzando la vista hacia ningún punto en concreto, segura de que su hermana los estaría observando desde el cielo.

Bruce fue el primero en darse cuenta de que se habían convertido en el centro de atención. No le importó. Tomando a Anna de la mano, hizo una señal a los músicos, para que dejaran de tocar, carraspeó para aclararse la voz y, de paso, terminar con los murmullos.

—Señoras y señores, en primer lugar, la señorita Remington y yo confiamos en que sabrán disculpar la efusiva muestra de afecto de la que acaban de ser testigos. Apelo a su comprensión, pues no todos los días la mujer que uno ama acepta su propuesta de matrimonio. Sé que el anuncio no estaba previsto, pero dadas las circunstancias, les presento a la futura señora Talbot —concluyó, volviéndose risueño hacia Anna.

El rumor de los cuchicheos no tardó en convertirse en felicitaciones, aplausos y parabienes, que la pareja recibía sin dejar de sonreír.

Cuando la música volvió a sonar y se reanudó el baile, Bruce la estrechó de nuevo entre sus brazos y, en esa ocasión, fue él quien le robó un rápido y cálido beso del que solo unos pocos fueron testigos.

—Te quiero —confesó Anna con una gran sonrisa que le iluminaba el rostro—. Por cierto —miró a su alrededor antes de clavar los ojos de nuevo en los de su prometido—, gracias por las

rosas. Son muy hermosas.

—No tanto como tú, mi preciosa y singular flor —sentenció antes de estrecharla con fuerza contra su cuerpo.

FIN

Agradecimientos

En esta ocasión quiero dar las gracias a Ruth M. Lerga, porque siempre puedo contar con ella... Eres una gran compañera, pero mejor amiga. Como diría nuestra Mariam Orazal: te quiero más que a una burra.

Gracias también a la editorial, por el apoyo y la confianza que deposita en quienes formamos parte de esta gran familia que es Selecta. Gracias a todo el equipo que hace posible que nuestras historias vean la luz. Por supuesto, gracias a nuestra editora, Lola Gude, sin ella nada sería igual. A ti también te quiero más que a una burra.

Y cómo no, gracias a ti por haberle dado una oportunidad a este relato. Gracias.

Si te ha gustado

*Rosas amarillas para conquistar
a la señorita Remington*

te recomendamos comenzar a leer

Devuélveme todas las flores
de Paula Garrido



En un mundo descomunal

Siento mi fragilidad

Lucha de gigantes, Love of Lesbian & Zahara

Prólogo

La primera vez que te vi pensé que ojalá no fuera la última. No pensaba, solo sentía el corazón en la boca y el sudor en mis manos. Sí, el asqueroso y horrible sudor. También me temblaba todo el cuerpo. La segunda vez que te vi—y pensé— quise por primera vez que no te marcharas nunca. Te sentí tan adentro como si siempre hubieras estado ahí. Lo siento, nunca nos gustó decir esa palabra. «Lo siento». Estas sí que las dijimos muchas, muchas veces. Pero eso fue después. Después de vernos, de besarnos, de querernos, de cuidarnos, de odiarnos—un poquito—, y volviéndonos a querer, solo que mejor, en nuestro pequeño mundo, donde solo existíamos nosotros dos.

Yo solo quería verte como la primera vez todas las veces.

Pero esta fue diferente. Y tú y yo lo sabíamos.

PRIMERA PARTE

La vida es sueño

Capítulo 1

Septiembre

Creo que decidí empezar con todo esto cuando miré el jarrón y lo encontré vacío. Hacía muchísimo tiempo que no lucía tan efímero y caduco. Sin la tierra húmeda por el agua, sin la cálida luz del sol parecía aún más frágil. Las rosas rojas, las margaritas amarillas y los tulipanes morados. Marchitas, muertas, abandonadas en la basura. No por mí. Al menos no exactamente. Aunque sí de diferente manera. Déjame que te explique. Yo creé esa tradición, muy convenientemente pensada. Era algo que necesitaba, y que en ese momento de mi vida, tan duro y tan lleno de cambios, susceptibles de volver a experimentarlos, requería. Te lo aseguro. Yo les di vida, y ellas me la devolvieron, me dibujaron la ilusión en mi rostro y también en el de mi madre, no olvidemos. Y luego, te lo regalé a ti, la idea y el significado mucho más grande que le otorgaba, que para mi yo de entonces, era la felicidad. Te lo di porque te quería como nunca había querido a nadie y como siempre deseé hacerlo. Y te quise más cuando me diste justo lo que necesitaba: más flores en la ventana. Amor hacia mi persona. Amor a nuestra relación romántica empedernida que se perdió cuando tú te encontraste. Tranquilo, que no te culpo, todo sucedió como tenía que ser. Bonito, real, y sentimental. Todo sucedió como tenía que ser, porque en el momento en el que te encontraste, yo me perdí. Y en ese momento, odiaba con toda mi alma aquel jarrón que no podía volver a llenar, ni ser.

Es natural que no entiendas nada, así que déjame este espacio en blanco que se convertirá en mi diario para plasmar todo lo que llevo dentro y necesito contarte. Alguien dijo una vez que hay que romperse para coger aire. Lo sé porque lo leí. Y si está escrito tiene que ser verdad. Esa frase me la repito ahora como un mantra, teniendo la sensación de que si se me olvida, mi vida carecerá de sentido y desapareceré. Y no puedo desaparecer sin antes contarte cómo me sentí, antes, durante y después de ti.

A finales de septiembre del año pasado, volvió a resurgir mi personalidad, más fuerte que nunca, y me sentía muy yo, porque a la vez me sabía demasiado pequeña para lo que vendría. El caso es que no me equivoqué. Y todo lo que viví—y vivimos— me vino demasiado grande, lo que conllevó que me rompiera. Pero volvamos a lo que nos preocupa. Sí, a los dos. En aquellos días, la emoción no me cabía en el pecho por un único motivo: mi ansiada marcha, mi queridísima independencia. Lo pasé tanto bien como mal, no te voy a mentir. Mal porque me sentía culpable por dejar atrás a mi madre, que a mis ojos se encontraba completamente sola. Recuperándose del accidente que le había dejado grandes secuelas a ella y ninguna a mí. Quiero decir físicas, dejemos los traumas en un rincón, agazapados por el momento. Y me autoengañé convenciéndome a mí misma de que no estaría sola. Que tendría a los Carrillo a su lado, como siempre. Que tendría a su hija todos los fines de semana. Ella también lo necesitaba. Esa distancia igual que ese espacio tan liberador como lo puede ser la brisa que corre por la ventana en un día de verano. Cuán equivocada estaba. También era una persona, una mujer bella, dulce. Con sus ambiciones, deseos, obligaciones y proyecto de vida.

Y ese día comenzó, como todos los demás, a trompicones. Con prisas a todos lados, con los gritos de mi querida madre de telón de fondo, junto con el dichoso despertador que había

programado para las 6:53 de la mañana. Espero que a estas alturas ya hayas aceptado esa peculiaridad que decías que te molestaba tanto (y que yo no entendía), pero que, en el fondo, ambos sabíamos que te encantaba. Sentí el frío de las baldosas bajo mis pies descalzos mientras me miraba detenidamente en el espejo. Y era consciente del paso del tiempo. El moreno del verano desaparecía de mi piel, cosa que me disgustaba. Pero ese día estaba imparable. Y nada me lo iba a estropear, ¿verdad? Además, pese a ello, me vi con muy buen aspecto: las canicas azules que eran mis ojos no estaban adornadas de ojeras, mi pelo castaño brillaba más de lo normal. Recuerdo que mientras me cepillaba mi larga melena, le envié un mensaje a Iris, aun sabiendo que la vería antes de que lo leyera. La echaba tanto de menos... El texto que escribí era algo así: «Creo que me muero de los nervios».

No sé qué me llevó a coger el vestido de color rojo y tirantes. Sí, justamente ese en el que estás pensando ahora. Pero es que era uno de mis preferidos y me sentaba de fábula. Recuerdo sonreír mientras me calzaba las sandalias.

«No me puedo creer que te vayas», me había dicho mi madre al poner un pie en la cocina. Estaba lavando los trastos que nos habíamos dejado la noche anterior, tras ver por milésima vez nuestra película favorita. Qué digo, la película favorita de todo el mundo que tuviera buen gusto, *Posdata: te quiero*, y que se había llevado consigo un mar de lágrimas. Quizá solo dos. En eso nos parecíamos las dos. Tú una vez me lo dijiste. En mí quedaban reflejadas su dulzura y valentía. Qué pena que perdiese esta última por el camino.

—Ay, mamá...—Me agaché hasta quedar a su altura y la envolví con mis brazos—. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

La voz se le rompió, sorbió por su nariz y se tragó los mocos. Literalmente. Ambas escurrimos el bulto. No había pasado nada. Porque si las dos nos hubiéramos echado a llorar en aquel instante, no habríamos parado. Y, en verdad, no teníamos tiempo para aquello. Para enfriar el ambiente, me pidió que le echara una mano. Aunque no me gustase esa expresión, me callé. Aquella tarea era cosa de las dos, ya que tanto la una como la otra había cenado anoche y comido, después, unas palomitas frente al televisor, y nuestra labor era recoger el estropicio juntas. Y mientras que una fregaba y otra secaba, las paredes de la casa vibraron gracias al timbre que teníamos afuera. Mi madre dejó lo que estaba a punto de terminar y fue a recibirlos. A los Carrillo. Por supuesto, no podían ser otros.

En un mundo descomunal

Siento mi fragilidad

Lucha de gigantes, Love of Lesbian & Zahara

Capítulo 2

Y o miraba al reloj de cuco que teníamos en la pared de la cocina, ese que cuando las manecillas llegaban a las en punto se ponía a canturrear. Quizá no era lo más destacable ni lo más bonito del hogar, pero a mí me lo parecía. Porque cuando lo miraba, veía a mi madre llevarse las manos a la cabeza cada vez que íbamos tarde para algún sitio. Porque todavía podía escuchar el silbido de aquel pájaro junto al del horno, avisándonos de que las galletas ya estaban hechas. Y el olor a las flores que descansaban justo debajo de él, en dirección a la ventana. Puestas estratégicamente ahí. Y donde ahora solo había polvo. Me pregunté por primera vez por qué nunca había comprado flores. Por qué siempre lo había dejado en vuestras manos. Lo miré por última vez. Quizá, su belleza residía en el paso de los años y lo que conllevaba. Una infancia feliz. Adorné mi rostro con una sonrisa melancólica y me enjuagué las manos en el fregadero.

Cuando apareció la cabellera rubia por la puerta, algo me sacudió por dentro. No sabría cómo explicártelo... es que me estremecí. Vale, lo reconozco, eran puros nervios que me estaban comiendo viva, y yo los dejaba. Si me hubieras preguntado cómo me sentía aquel día, te hubiera dicho que no estaba para nada nerviosa ni que tampoco sentía un nudo en el estómago, que prefería que me tragase la tierra a experimentar otra vez un «primer día». Pero ahora te lo digo. Porque me sentí así y peor. Y porque creo que se debería normalizar más el estar mal, lo mismo que contarlo. Romperse para respirar. Y mientras te cuento todo esto... la voz de Susana se cuele en mis oídos, haciéndome casi cosquillas. Que sí, que voy.

Entró como lo que es. Como un torbellino que en vez de destruir a su paso lo reconstruye. Así eran las cosas con aquella mujer. Lo hacía todo mejor, con una energía despampanante, arrolladora, soltando más palabras en segundos que respiraciones en sí. Cualquiera diría con esto que era agotadora, pero tú sabes que no lo era, que Susana te hacía recargar las pilas cuando tú no sabías que te habías quedado sin estas. Porque sí, puede que te agobiara, y que su manera de ser tan nerviosa y planificadora resultara algo cargante, pero había veces que era necesario. Por eso la queríamos, aunque a veces nos sacara un poquitín de quicio.

—Esto debe ser un milagro. ¡Julia estando lista antes de tiempo!—me dijo al abrazarme. Ya se podía notar el estrés a su alrededor.

—Aunque te parezca mentira, yo he tenido mucho que ver.—Mi madre intentó mostrarse indignada, aunque no le terminó de salir, y como consecuencia, ahí estaban las pequeñas arrugas en torno a su nariz.

—Buenos días, señoritas.—Entonces entró por la puerta el único hombre de mi casa y de mi vida. Y todo lo sentí más lleno, más cálido. Me acerqué y le di dos besos para que después me

acariciase la cabellera. Me encantaba ese gesto, y me encantaba más él. Aunque eso lo sabes tú y todo el mundo que me conozca un poquito. Adoraba a Robert porque era la versión paternal que nunca había tenido. Y sin embargo, me pertenecía. Porque así era él. Se entregaba a los demás sin pedir nada a cambio. Y yo me había tirado a sus brazos con los ojos cerrados, sintiéndome segura. Y mientras me regodeaba en lo buenos que eran mis seres queridos, ellos hablaban entre sí. «¿Has visto qué calor sigue haciendo todavía?», preguntaba mi madre desde abajo, con los brazos cruzados. «Está claro que el verano no quiere irse», siguió la pelirrubia.

—Ah, Pilar. ¿Te sigue dando problemas la lavadora?

—¡Ay!—Se llevó las manos a la cabeza—. Para nada, funciona perfectamente. Muchísimas gracias otra vez, Robert. Tus manos son una maravilla.

Este dio una palmada en respuesta y siguió la conversación:

—Nada, mujer. Cuando quieras.

—No, no. Déjate. No seas un *bocasandalias* de esos.

Yo me reí sin poder evitarlo. «Bocachancla, mamá. Se dice bocachancla». Pero ninguno pareció escucharme. Y en lo que yo tardé en ensimismarme en un punto cualquiera de la pared, Robert pareció recordar la razón de que se encontraran en mi casa. Me preguntó si estaba lista y si lo tenía todo conmigo. Habrás supuesto que no, y así era. Se me había olvidado el cargador del móvil. Cómo no. Pero tengo que admitir que no me molestaba ser tan despistada y no iba a pedir perdón por ello. Subí las escaleras, la madera crujía bajo mis pies, la luz entraba por la ventana del pasillo, las yemas de mis dedos, jugando con el gotelé, casi acariciándolo con mimo. Casi como si con ese roce supiera el adiós inminente. Recogí el cargador y me lo metí en la mochila. Miré por última vez mi habitación, que estaba como siempre. Con un poco de desorden por aquí y por allá. La máquina de escribir que me regaló mi madre por mi dieciocho cumpleaños y con la que me eché a llorar, en color rosa palo y estilo *vintage*. Los libros que dejaría porque hacía tiempo que no los tocaba y ya eran más mesita de noche que otra cosa. Los cincuenta y tres dibujos que decoraban la pared. Desde *La noche estrellada*, un retrato de Pol 3.14, al lado de lo que se intuía como la silueta de una mariposa, hasta la explosión de colores de una versión de *Amapolas*, de Monet. Amplia gama de variedad y colores. Todos y cada uno de ellos hechos por Iris. Algunos más especiales, otros, resultados de horas muertas en mi habitación. La Polaroid, que había tenido tiempos mejores... Mi casa. Mi hogar. Un trocito de mí se quedaba aquí.

Desde Madrid dirección a Salamanca, me sentí triste por la despedida. Los padres de mi mejor amiga se habían ofrecido a llevarme hasta allí. De esta manera, también podían visitar a Iris y le hacíamos un favor a mi madre. Mataban de dos tiros a un pájaro, recordé que había dicho mi progenitora. Escribiendo ahora se me escapa una carcajada, como a ti. El caso es que esa sensación no se me quitó en todo el camino aun escuchando a Pol 3.14, fíjate tú hasta qué punto llegaba el drama. Intenté leer y fracasé. No te asustes, que fue momentáneamente. No me podía quitar la silla de ruedas de mi cabeza, maldito estúpido trasto. Nos había jorobado la vida a las dos. Me obligué a mí misma a dejar esos pensamientos atrás. Ya era mi momento y estaba

dispuesta a disfrutarlo al máximo.

Cuando dejamos el coche en el aparcamiento de la Facultad de Derecho, nada más salir nos encontramos con una rubia mucho más alta, sonriente y joven que la que me acompañaba. Tan parecidas y diferentes como las dos caras de una moneda. Nos refugiarnos en un abrazo y lo supe. Supe que hay abrazos que son alivios. Luego tú también me lo confirmaste. Pero continuemos. Me enteré por su retahíla que quería darme una sorpresa y que se había convertido en cómplice de sus propios padres para que fuera posible. Iris y la adolescente que no quiere marcharse. La recuerdo radiante. Los labios pintados de rojo, los ojos verdes iguales que los de su madre resaltaban y brillaban a la luz del sol, enmarcados por las finitas pecas que decoraban su rostro. Llevaba un mono color vaquero y una camiseta básica blanca de mangas cortas. Estaba guapísima.

—Te imaginaba durmiendo y dibujando en sueños.

Esa era la gran meta de mi mejor amiga. Ser artista. Pintar, dibujar, crear lo que sea que sus dedos tuvieran ganas de plasmar en cualquier momento. Regalar magia a quien la quisiese. Porque eso es lo que hacía, y lo hacía con el corazón.

—No me lo digas dos veces, Julia. Qué sueño tengo.

Entonces tocó el momento con sus padres. Y me aparté. Sí, a veces me sentía fuera de lugar en mi propia familia, por eso intenté con todas mis fuerzas que nosotros creáramos una. Pero no todo es tan bonito como lo pintan... y menos si no lo hace Iris. Otra vez, lo siento. Siento que nos hubiéramos quedado tan cerca, pero a la vez tan lejos... Las muestras de afecto terminaron, y yo dejé de notarme incómoda y nos encaminamos a nuestro apartamento.

No sé si hace falta, pero te lo voy a recordar. Como bien conoces, en la avenida de los Maristas viviríamos las dos. En un pequeño apartamento, recalquemos su tamaño. Con dos habitaciones minúsculas, una cocina enana, un cuarto de baño... ¿de dos metros cuadrados? Un salón práctico a la par que funcional, como nos lo vendió el casero. Así que nosotras lo escogimos porque era lo que nos podíamos permitir. Lo que yo me podía permitir, e Iris, como buena salvavidas que era, se adaptaba a mí. Recuerdo que yo me quejaba hasta la saciedad de aquello, luego la animaba a que se marchara y aspirase a algo mejor... entonces ella se defendía diciendo que si no era conmigo, no iba a ser. Simple y llanamente. Yo me quedaba callada, pensando en lo mucho que la quería. Ahora... mirándolo desde la distancia, no le encuentro el más mínimo sentido. Porque... cuánto tiempo había pasado allí, ¿meses? No llegué a hacer el año. De eso estoy segura. Aun así no se marchó cuando yo lo hice. Y eso me gustó. Tiempo después me confesó que me sentía más en aquel lugar que cuando estaba conmigo. Aquella afirmación me dolió igual que me gustó, dos emociones a partes iguales. No te enfades, yo la comprendo. Iris era muy Iris. Y yo, muy yo. Pero ya no.

Decoré la pared de mi dormitorio con unas luces estrambóticas. Siempre había sido más de

estar brillando que en la oscuridad entre sus penumbras. Además, es que le daba mucho uso. Me consideraba una persona nocturna, era cuando estaba más despierta y alerta. Me entraban más ganas de leer y lo podía hacer sin que me molestasen, también escribir, aunque eso me lo guardaba para mí. No obstante, dada esa regla de tres, aquello se podía extender a casi todo. Tendí un hilo sobre la ventana que había encima de la cama y con pinzas dejé colgadas unas cuantas fotografías. Mis padres, cuando aún estaban enamorados, creyendo que juntos podrían con todo y contra todos. Otra foto protagonizada por mi madre y por mí, de hacía muchísimos años, a la edad de cinco o seis—cuando eres más bicho que persona—, seguramente de la noche de San Juan. Lo único que sé era que estaba mellada, la sonrisa no me cabía en la cara. A continuación, otra fotografía de mis mejores amigos, cuando éramos unos críos, en las mismas vacaciones en la playa de Almería. En esta se había quedado plasmada un atardecer de una tarde cualquiera, con unos preciosos recuerdos recogidos en papel y en nuestros corazones. La última imagen se diferenciaba porque estaba sacada con la Polaroid hacía un par de meses, en la que se me veía observando *Un mundo*, de Ángeles Santos, en el museo Reina Sofía. Me la había sacado, según dijo, en mi mejor versión: despistada, observadora, escurridiza. Puede que fuera así, yo solo recuerdo que me perdí en medio de tanto arte, dejándome llevar hasta que lo sentí debajo de la piel. Hasta que lo comprendí.

Entonces, unas cuantas horas más tardes, Iris nos enseñó el barrio en el que viviríamos tantas cosas y en el que yo cambiaría tanto. Gracias a ti. Sí, pese a todo, no me arrepiento de nada. Es más, si tuviera la oportunidad de volver atrás y repetirlo, lo haría. Sin cambiar nada. Vale, puede que sí cambiara un par de cosas.

—Mira, esta cafetería, por lo que se ve, es nueva. O eso dicen nuestras viejas vecinas del segundo por el ojo de patio.

—Iris...—la regañó su padre.

—¿Qué?—Regalándonos su cara más angelical, se colgó de mi brazo y siguió solita la conversación—. Las tartas están buenísimas. Sobre todo las *red velvet*, justo al lado de los helados. ¡Oh Dios, los helados!

Recuerdo que el estómago me rugió, y ahora, pensando en esto, vuelve a hacerlo. Como una súplica. «Nos vamos a pasar todas las tardes aquí», terminé afirmando. «Exacto», dijo la pelirrubia guiñándome un ojo. Yo miré el cartel para quedarme con el nombre. Holiday Café. No se me olvidaría, ya que dicha cafetería estaba justo al salir de nuestro portal. Los cuatro seguimos caminando calle abajo, dejando atrás la Plaza de los Jilgueros, que se encontraba muy cerca de la Escuela de Arte donde estudiaba mi amiga. Obviamente, sus padres quisieron visitarla y eso hicimos. La verdad es que era un muy buen barrio, bien situado, muy céntrico. Rodeado de facultades, también teníamos la estación de autobuses muy a mano. Para tranquilidad de Susana, dos hospitales flanqueaban nuestra calle, nuestro supermercado de confianza solo nos quedaba a ocho minutos andando, y si seguíamos en línea recta, terminábamos en la Plaza Mayor, la reina de la ciudad.

Sin embargo, no sé cómo fuimos a parar a la Biblioteca Municipal Gabriel y Galán. Le hice ojitos a mi mejor amiga. Arrugó la nariz, confusa por un momento, pero luego miró donde yo tenía la vista fijada y negó con la cabeza rápida y repetidas veces.

—Oh, no. Por favor, acabas de llegar, no me hagas esto.

No. Nosotras no lo compartíamos todo, gracias a Dios, no hubiera soportado pasar tanto tiempo con ella y todas y cada una de las cosas que apreciaba. Habría terminado tirándola por la ventana de nuestro sexto. No. Yo necesitaba espacio. Conmigo misma. Para soñar despierta en amores imposibles, en cómo hacerlos posibles. Al final lo conseguí, ¿verdad? Susana me miró, conociéndome mejor que los demás.

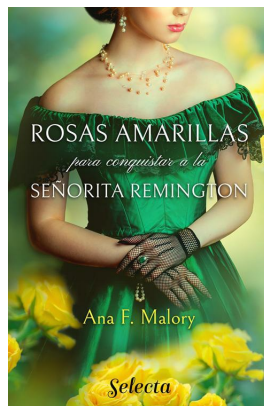
—Déjala. Ella es feliz así.

—¿Así cómo? ¿Perdiéndose en los libros?—preguntó mi amiga.

—Tú lo has dicho, querida, no yo. Que Julia se quede aquí disfrutando de esta magnífica biblioteca mientras nosotros vamos a tomarnos un helado. ¿Os parece bien? ¿De acuerdo, cielo?

—Esta vez me miró a mí. Siempre me había fascinado que Susana fuera más de «cielo» y mi madre, de «cariño». Se repartían hasta las muestras de afecto—. Nos vemos luego allí.

¿Quién diablos es el señor Talbot y por qué se empeña en coincidir con ella cerca de los rosales de cualquier jardín?



Anna Remington acompañará a su prima en su debut social. Huérfana, y aunque algo mayor para considerarse un buen partido, la joven tiene claro que solo irá al altar por amor y ninguna otra razón la haría abandonar su preciada independencia. Pronto se da cuenta de que no hay riesgo de que su corazón se prende por nadie, apenas tiene pretendientes y ninguno de ellos le interesa. Solo el señor Talbot hace que su pecho se llene de ilusión cuando está cerca, pero está convencida de que la única intención de él es burlarse de su inocencia y utilizarla para cubrir un romance poco conveniente con otra mujer.

Bruce Talbot queda prendado de Anna nada más verla, y aunque nunca le han interesado las jovencitas debutantes, hay algo en esa mujer en concreto que le intriga. Conforme la va conociendo, sus sentimientos se fortalecen, lo que le hace temer acabar irremisiblemente enamorado de ella.

Sin embargo, una antigua amante despechada parece empeñada en malograr la imagen que la Anna tiene de él. ¿Cómo podrá Bruce convencerla de que no es cierto y de que sus intentos por acercarse a ella no son por mera diversión?

Ana F. Malory escribe también como Ana Fernández. Nació en Gijón, Asturias, un 23 de agosto de 1970, aunque creció en Piedras Blancas, una pequeña población cercana a Avilés. “Mi afición por la escritura viene de un momento de mi vida que en el que tenía demasiado tiempo libre. Así que un día cogí papel y lápiz y comencé a escribir una historia romántica, de esas que tanto me gustaba leer desde hacía ya muchos años. Una historia me llevó a otra y así hasta que me encontré con cinco relatos que guardé con mucho cariño, pero sin intención ninguna de que pudieran ser leídos por alguien. Unos años después sentí deseos de compartirlos y, tras muchas dudas y repasos, decidí colgarlos en internet y me sorprendió muy gratamente la buena acogida que tuvieron.”



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Ana F. Malory

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-45-4

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

Índice

Rosas amarillas para conquistar a la señorita Remington

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana F. Malory

Créditos